

CuadernoS de Liderazgo | nº 23

ESADE

Enric Juliana, Jordi Pujol
y Fernando Vallespín



La deriva de España y Cataluña

Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática

Sesión académica

ESADE • Barcelona y Madrid

29 de junio y 13 de julio de 2009

La deriva de España y Cataluña

Transcripción y fusión de las sesiones académicas celebradas los días 29 de junio de 2009 y 13 de julio de 2009 en ESADE Madrid y ESADE Barcelona respectivamente.

Enric Juliana, Jordi Pujol y Fernando Vallespín

Lugar de publicación: Barcelona

Edición: Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática

Año de edición: 2010

En el marco universitario mundial, con frecuencia se da un trato diferencial y específico al estudio de algunos temas que destacan por la importancia de su contenido o por su relevancia pública. En estos casos, una de las opciones preferentes y con mayor prestigio es la creación de una cátedra. Entendemos, pues, que se trata de una unidad académica de excelencia.

La Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática de ESADE se propone desarrollar un programa que promueva la profundización de los interrogantes que se plantean en torno de esta temática. La Cátedra tiene la vocación de promover un foro de diálogo permanente entre las organizaciones (empresas, administraciones, ONG) y los actores (empresarios, directivos, representantes políticos, sociales, cívicos, sindicales, etc.) que actualmente asumen, de forma responsable y comprometida, los retos y desafíos que comporta gobernar un mundo a la vez global y local. Asimismo, quiere asumir el reto de estudiar y promover formas innovadoras de liderazgo adecuadas a nuestros entornos complejos.

Son promotores de la Cátedra:





INTRODUCCIÓN



Àngel Castiñeira

Buenas tardes a todos. La *Càtedra LideratgeS i Governança Democràtica* os da la bienvenida.

Este va a ser un acto coral, formado por tres voces portentosas: en primer lugar, la de un periodista muy informado, que me acompaña a mi derecha, Enric Juliana. Permittedme una broma: Enric tiene el privilegio de hablar con *Segador*, que es la inmensa cabeza de toro negro que preside el céntrico bar madrileño de La Torre del Oro y que seguramente le confiesa las verdades de España.

En segundo lugar, también nos acompaña un brillante catedrático de Ciencia Política, el doctor Fernando Vallespín, que, hasta hace poco, ejercería la función de Sauron, el ojo que todo lo ve, como antiguo director del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Por último, también tenemos con nosotros a un inmenso y poliédrico político, el *President* Jordi Pujol, que a pesar de haberse retirado de la primera línea de la escena política, sigue como nunca, hiperactivo, comprometido y lúcido.

El acto de hoy es un intento de aproximarnos al contenido del último libro de Enric Juliana: el de *“La deriva de España”*. El autor lleva ya unos cuantos años realizando algunas de las mejores crónicas de la España contemporánea, pero además, desde el año 2006, se ha atrevido a reflexionar sobre futuro de ésta. Es en enero de 2006, cuando publica un libro anterior que se llama *“La España de los pingüinos”*, que tiene ahora continuidad en el que hoy comentaremos. También, en octubre de 2006, publica —en catalán y pensando en Cataluña—, con la colaboración de otros cinco autores, otro libro que también hemos traído, que se llama *“La rectificació, cabòries,*

exhortacions i premonicions sobre Catalunya” [*La rectificación, cavilaciones, exhortaciones y premoniciones sobre Cataluña*]. El día de la presentación de este libro, Juliana decía en Barcelona: “*Proponemos rectificar la actitud tacticista y corta de miras que se ha instalado en la vida política catalana, permanentemente mosqueada con Madrid, con Francia, con Londres y, no digamos ya, con los Estados Unidos*” —esto hay que situarlo en el contexto del año 2006. Y finalizaba diciendo: “*En una sociedad que acumula tantos mosqueos, alguna cosa habrá que rectificar*”. En los dos libros anteriormente citados, “*La España de los pingüinos*” y el de ahora, “*La deriva de España*”, en estos dos libros, los subtítulos son importantes. En “*La España de los pingüinos*”, el subtítulo era: “*Una visión anti balcánica del porvenir español: la concordia es posible*”—un subtítulo que recuerda de lejos o que tiene reminiscencias de Francesc Cambó, del libro “*La concòrdia*”, del año 1930, y que era un alegato tanto contra el *asimilacionismo* castellanista como también contra el separatismo catalán de aquella época. En el libro “*La rectificació*”, el capítulo de Enric Juliana llevaba —o lleva— el título “*El plet amb España. La brigada Pomorska*” [*El pleito con España. La brigada Pomorska*]. Después haremos referencia a esta famosa brigada polaca. Por último, en el libro de ahora, “*La deriva de España*”, el subtítulo también importante es “*Geografía de un país vigoroso y desorientado*”. Hay dos breves citas que aportan un buen resumen del estado de ánimo que impregna esta última obra y que voy a citar. Concretamente, en la página cuarenta y tres del libro, podemos leer lo siguiente. Dice: “*Hay un silencio embarazoso*”—en España— “*que muestra la existencia de un vacío. El debate estratégico se halla fuertemente debilitado en España, debilitado y suplantado por el debate supuestamente trágico sobre el devenir español. La obsesión por el devenir y la escasa preocupación por la deriva. A fuerza de convertir el añejo sentimiento trágico de la*

vida en vulgar simulacro, estamos perdiendo el sentimiento práctico de la vida con un peso en la esfera pública española.” Este sería uno de los elementos del libro que quería citar y que hace referencia, precisamente, al título. El otro —si quieren, más en clave de crónica periodística— es una pequeña cita de uno de los capítulos geográficos, dedicada a una parte de España. Es en la página ciento treinta y uno, que dice (es únicamente una frase, pero me parece que es bastante bonita): “*Somos una cartografía*”—aquí, el “*somos*” hace referencia a toda España— “*Somos una cartografía variable, una confederación de expectativas y estados de ánimo en movimiento.*” Es decir: a mí me parece que también encontramos en este libro una finísima radiografía de los estados de ánimo peninsulares. El libro del 2006, en cambio, el de “*La España de los pingüinos*”, era una crónica del panorama político español, desde una óptica excéntrica: la que podía representar un periodista catalán que vive en Madrid. Una óptica a la que, en el libro, no se atrevía a denominar —o a presentar— como una tercera vía. El libro más bien terminaba con una pregunta sin respuesta, una pregunta que es la que dará pié, precisamente, al libro que hoy comentaremos, el de “*La deriva de España*”. La pregunta, la encontramos en la última página —una última página que, por cierto, antes de terminar, hace referencia a una cita del *President Pujol*, sobre la “entrañable” realidad de España. Y finalizaba así el libro: “*La reintroducción en Cataluña de una percepción entrañable de España es fundamental para el futuro. Lógicamente, hay que preguntarse —y hay que hacerlo en voz alta— sobre la responsabilidad, sobre la tremenda responsabilidad que han contraído quienes han alimentado durante años, durante estos últimos meses, una oleada de anti catalanismo que dejará una huella indeleble en la política española. Una huella mala. Ello nos conduce a una pregunta cada vez más inevitable: ¿existe realmente una clase dirigente nacional y patriótica en España?*” La

pregunta, evidentemente, también servirá hoy para plantearnos si realmente existe una clase dirigente nacional y patriótica en Cataluña. Y finaliza el libro diciendo: *“La respuesta no está en el viento, pero la dejamos para mejor ocasión, quizá para un próximo libro.”* Y es precisamente en el libro que hoy presentamos, donde, de alguna manera, retoma esta cuestión no resuelta en el libro anterior. Como decía, esta pregunta atraviesa, en buena medida, su nuevo libro, *“La deriva de España”*. Diría que Juliana —esto es una valoración personal— evita el estilo taurino español de entrar directamente a matar, haciendo juicios de valor rotundos y absolutos sobre los políticos y la actividad de estos. Creo que los podría hacer, pero desiste directamente de hacerlos. En su lugar, ayuda al lector a elevar la mirada y a evitar quedarse en vuelos gallináceos. Es un una manera, un estilo —indirecto, pero válido— de, por un lado, plantear retos y sugerir oportunidades y, por el otro, de emitir un tipo de juicio que da en la diana de los objetivos de nuestra cátedra. En la página dos cientos cuarenta y seis hay uno de los fragmentos más importantes del libro, dice (vuelve a la pregunta del final del libro anterior): *“¿Existe realmente una clase dirigente nacional y patriótica en España? ¿Una clase capaz de pactar y conciliar en los próximos años las cinco o seis tareas más urgentes a las que el país se enfrenta: el modelo económico, el estado del bienestar, las futuras generaciones y sus tensiones territoriales, el reconocimiento de la pluralidad cultural y nacional interna etc.? Creo que es razonable mantener algunas dudas sobre la fortaleza cívica de las clases dirigentes españolas. Emborrachadas por la prosperidad económica, enriquecidas velozmente como no ocurría desde hace siglos, ensobrecidas por unos éxitos inimaginables durante décadas, hoy viven instaladas en el litigio político constante, en el colegismo hedonista. Es una sociedad democrática y, a la vez, despolitizada.”*

Y finalizaba diciendo lo siguiente sobre el futuro del liderazgo en España: *“¿Cómo se comportarán los de arriba?”* —esa clase dirigente nacional y patriótica en España— *“Es razonable”* —concluye— *“cierta inquietud sobre la verdadera existencia de una clase dirigente nacional y patriótica.”* Esto sería parte del final del actual libro. La pregunta es: ¿podríamos hacer extensiva esta misma conclusión a la clase nacional y patriótica catalana? En su artículo del libro *“La rectificación”*, la tesis de Enric Juliana era que *“el catalanismo político del siglo XX necesita una profunda renovación, está agotado. Una rectificación de la manera en que las élites políticas catalanas han mirado a Cataluña y han tratado de gobernarla. Y también de la manera de hacer política en clave española”*. Recuerden que el año 2006 y sus alrededores eran los años del primer gobierno tripartito, de la reforma del Estatuto, de la idea —quizás algunos todavía lo recuerden— de la idea, digo, de la España plural, del intento de OPA sobre Gas Natural o Endesa —un intento frustrado—, del final precipitado del primer gobierno Maragall etcétera, etcétera. Utilizando la imagen de Juliana, ¿podemos comparar —es una pregunta— la Cataluña de hoy con una especie de nueva Brigada *Pomorska*? Aquella brigada de caballería polaca que, en septiembre del año 1939, pretendía luchar con caballos, con espadas y lanzas contra los *Panzer* alemanes. Es prácticamente la última cita que voy a dar —pero me parece que es interesante— del libro y del capítulo del libro sobre *“La rectificación”*, en este caso, también de Enric Juliana. La crónica dice así: *“Doce brigadas de caballería se enfrentaron a los tres mil doscientos Panzer alemanes y las doce fueron aniquiladas en cuestión de horas. Los historiadores militares destacan, no obstante, la heroicidad de la Brigada Pomorska. El dos de septiembre de treinta y nueve, sus hombres se lanzaron a punta de lanza contra los caballos de hierro de la Wehrmacht con una determinación que los mismos alemanes,*

impresionados por aquel impulso suicida, después, convertirían en mito". Un buen ejemplo de que con el coraje no hay suficiente si no se tienen en cuenta la cruda realidad, las dimensiones y la orografía del campo de batalla y la verdadera fuerza del adversario. Es una buena imagen, la de la Brigada Pomorska, para encabezar un relato crítico sobre las cosas que han pasado en Cataluña en los últimos años, ya que a los catalanes, en el fondo, siempre nos ha gustado ser los polacos de España, los raros, los incomprensibles, los irreflexivos cuando conviene cordura y los cuerdos cuando la situación pide arrebato". Final de la cita. La pregunta es, pues, tanto en relación al libro *"La deriva de España"*, como también a la valoración que hacía Juliana en el libro *"La rectificació"*, si no nos hemos quedado todos, catalanes y españoles, con una mentalidad política y una mentalidad cultural claramente anticuadas. Si nuestros líderes no se han quedado, todos ellos, anticuados, tanto política como culturalmente. Mucha gente en Cataluña se declara claramente decepcionada de España. Desde el notario López-Burniol, hasta el catedrático de ciencia política Ferran Requejo. Desde el escritor Vicenç Villatoro, hasta el sociólogo Salvador Cardús. Y todos ellos parecen actualizar hoy el final de la *"Oda a Espanya"* del poeta Joan Maragall, aquella oda que empezaba diciendo: *"iEseucha, España, la voz de un hijo que te habla en lengua no castellana!"*, y que finalizaba con unas palabras que sintetizan esta especie de decepción: *"¿Dónde estás, España? No te veo en ninguna parte. ¿No oyes mi voz atronadora? ¿No entiendes esa lengua que te habla entre peligros? ¿Acaso has desaprendido a entender a tus hijos? ¡Adiós, España!"* (*"¡Adiós, España!"* en el sentido de la más clara decepción.) Juliana, en cambio, defiende todavía —hablando de concordia— la necesidad de fundamentar la intervención catalana en la política española, pero haciéndolo desde un conocimiento actualizado y real del juego del poder, para así decirlo, español y madrileño. Dicho de otra manera: en relación con

España, parece que algunos en Cataluña propongan cambiar de juego, o, incluso, cambiar de liga, y Juliana sugiere más bien cambiar de estilo de juego y conocer mejor al contrincante o al adversario, como la mejor manera de jugar con posibilidades de victoria. ¿Es suficiente con esto? Pues, como telonero, dejo la pregunta deliberadamente en el aire.

Nos ha parecido que el mejor orden de intervención de los tres ponentes es el siguiente. En primer lugar, el profesor Fernando Vallespín. Inmediatamente después, el autor de la obra, Enric Juliana. Y, finalmente, la primera parte de la intervención de la sesión de hoy finalizará con una intervención del presidente Pujol. Inmediatamente después vamos a invitar a los tres ponentes a debatir entre ellos, y también les brindaremos la oportunidad de dialogar con todos ustedes.

Permítanme, para finalizar, agradecer a los tres ponentes, tanto al autor del libro Enric Juliana, como al *President* Pujol y a Fernando Vallespín la amabilidad con que han aceptado nuestra invitación a participar en la *Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática* de ESADE.

ESADE

La Unión de España

Debate

deriva de España



CONFERENCIA



Fernando Vallespín

Muchas gracias a ti, Àngel, y desde luego a ESADE por la invitación. Estoy encantado de estar aquí por muchas razones. La primera y fundamental, porque soy un gran admirador de Enric Juliana, a quien considero también mi amigo. Hemos tenido bastante relación, sobre todo cuando yo estaba en el CIS. Como él es muy curioso, me llamaba para preguntarme cosas. Incluso me sometió a la tortura de estar debajo de *Segador*. Me hizo una entrevista para *La Vanguardia*, y confieso que lo pasamos muy bien tomando el aperitivo allí. Y, desde luego, compartir mesa con el *President Pujol* es un gran privilegio. No es la primera vez, *¿verdad, President?*

Voy a hacer unas primeras consideraciones relativas al libro, y luego entraré más en el tema que yo creo que interesa a la Cátedra: el tema del liderazgo. Desde luego, como ha dicho Àngel

Castiñeira, el objeto del libro es fundamentalmente desentrañar la realidad de España y su política, sobre todo a la luz de sus últimas transformaciones. Yo creo que el núcleo y el motivo fundamental del libro estriban fundamentalmente en hacerse la siguiente pregunta: ¿Qué puede pasar en un país de nuevos ricos, cuando su nueva seña de identidad, que es ésta, la riqueza, la prosperidad, es subvertida, y lo es precisamente por un fenómeno nuevo, que no estaba en el guión de nadie –todo hay que decirlo–, como es la crisis económica, sobre todo porque además se da la coincidencia de que la nueva seña de identidad de la nueva España está conectada muy íntimamente con nuestra propia identidad democrática. Existe una coincidencia entre cambio de sistema político y bienestar material.

Por tanto, estamos acostumbrados a identificar un determinado régimen político, como puede

ser el democrático, con la propia prosperidad material, con la libertad política; en definitiva, con aquellos elementos de nuestra identidad que se fundamentan, por un lado, en la pertenencia a un sistema democrático y, por otro, en gozar de un determinado bienestar material.

Naturalmente, la gran pregunta que queda pendiente y que todavía nadie nos ha resuelto –yo creo que esto es el gran mérito del libro– es intentar decir: *«Señores, hagamos un balance de cómo hemos llegado a ser lo que somos»*. Por supuesto, en este camino, también es inevitable hacerse la pregunta de *«¿qué es esto que llamamos España?»* Luego volveré sobre el tema. Y después, también está el punto fuerte que se encarna en el título, la deriva, es decir, *«¿hacia dónde vamos, hacia dónde estamos navegando?»*

Desde luego, lo que hay detrás es una preocupación que nos dé el síndrome de Modigliani, no del pintor, sino del economista, que tiene que ver con qué ocurre cuando una ciudadanía acostumbrada al bienestar material pierde, de repente, ese bienestar y entonces se encuentra huérfana de ese punto de referencia con la realidad que es precisamente el bienestar en sí.

Yo creo que el libro tiene dos filtros. Como ustedes saben, siempre observamos la realidad a partir de algún filtro; nadie tiene la capacidad de acceder a la realidad tal como es, sino que siempre lo hace desde una determinada perspectiva. Y, desde luego, aquello que se ilumina en la realidad depende mucho de cuál sea la perspectiva desde la cual la iluminamos.

Yo creo que los dos grandes filtros que hay en este libro tienen que ver, el primero, con la geografía –cada capítulo va antecedido por un mapa, y me parece que este es uno de los grandes logros del libro. Creo que Juliana juega un poco a Montesquieu, que, como es sabido, es el primer teórico político que se toma en serio los

condicionantes geográficos a la hora de explicar la política. Es decir, Montesquieu, acaso sin saberlo, acentúa ese enfoque geográfico.

Y la gran pregunta que Juliana se hace es ¿quién es quién en España? Pero claro, el quién –y esto es lo interesante– en un país como el nuestro no se refiere a personas, sino a entidades regionales o nacionales, es decir, a entidades geográficas. Por tanto, para saber lo que es España, necesariamente tenemos que saber cuáles son sus partes. España es de esos pocos países que son ininteligibles en abstracto, es decir, que solamente cobra inteligibilidad a partir del análisis de cada uno de los elementos que la constituyen. Por eso se habla también muchas veces, no de España, sino de las Españas.

En ese sentido, yo creo que –y es el primer juicio de valor fuerte que voy a hacer del libro– este libro es una verdadera caja de herramientas para saber dónde estamos, desde la perspectiva de los diferentes poderes territoriales, de su respectivo dinamismo económico, de su diferente capacidad para afrontar el futuro. Y esto es enormemente importante en un momento como el actual, en que estamos discutiendo sobre la financiación autonómica, que está en el centro del debate político entre nosotros.

No deja de ser interesante también que, en el mundo de las ciencias sociales, a las que yo aquí quizás esté representando, se viniera hablando del fin de la geografía a lo largo de los últimos diez o quince años, como consecuencia del debate entorno a la globalización. La globalización significa desterritorialización: el territorio pierde importancia frente a todo otro conjunto de sistemas de comunicación o de relación entre diferentes sociedades humanas. Y lo que nos viene a decir Juliana es: ¡ojo!, efectivamente estamos en un mundo global, pero la geografía cuenta decisivamente en un país como el nuestro.

Por tanto, la pregunta que hay detrás de su planteamiento es si iremos hacia un nuevo equilibrio

entre las regiones o si, por el contrario, se acen-tuarán las pautas que ya se han seguido en los últimos años, unas pautas –y lo resumo muy brevemente– que han beneficiado extraordinariamente al centro. Una de las grandes paradojas del Estado autonómico es que, quien más se ha beneficiado de él probablemente ha sido Madrid y su entorno, el gran Madrid. Porque uno de los descubrimientos de este libro, por lo menos para mí, es qué forma tiene Madrid en el mapa. Madrid no es la Comunidad de Madrid, sino que Madrid engarza con un *hinterland* mucho más amplio, con el que está conectado fundamentalmente a través de la alta velocidad, pero no solamente de la alta velocidad. Por tanto, vislumbrar ese nuevo centro tiene un enorme interés, del mismo modo que lo tiene ver cuáles son los centros con los que se conecta ese centro, los centros de la periferia.

Yo creo que Madrid es uno de los grandes beneficiados de la forma en que se organiza todo el sistema de las nuevas conexiones a través del AVE. Otro de los grandes privilegiados, pero por razones completamente distintas, es lo que el autor llama el “Gran Luxemburgo”, el País Vasco y Navarra, como consecuencia, fundamentalmente, de los beneficios que obtiene a través de su estatus, digamos, de autonomía, que viene del siglo XIX, y quizás Valencia. Y, desde luego, algo que a mí me ha parecido todo un hallazgo es su ensayo sobre Andalucía. Andalucía, como el privilegiado “tapado” –podríamos decir–, ha conseguido siempre ejercer el veto respecto al desarrollo de otros lugares. En este sentido, la frase de Felipe González de que «no podemos tener menos que los catalanes» ha estado siempre presente en todo el debate político, y todavía hoy sigue presente en ese debate político.

Y entre los perdedores, está evidentemente el “nuevo sur”, como él le llama, que son las regiones del noroeste, no solamente Galicia, sino también provincias como Zamora, Palencia o incluso León. Por tanto, yo creo que este filtro geográfico nos

ilustra realmente sobre una geografía de nuestro país que nos permite acceder a un tipo de imagen del país al que no estábamos acostumbrados en absoluto. Es decir, el país que sale a la luz es un país que emerge de una descripción material, entendiendo por material el ir a contemplar verdaderamente las conexiones dentro de los diferentes poderes territoriales y el movimiento económico que se produce en ellos y entre ellos.

Y el segundo filtro –y este es un filtro que a mí me parece particularmente interesante– es el que se hace y se escribe y se siente desde Cataluña. Es una reflexión de España desde Cataluña. Ahora, cuando venía en el coche, estaba oyendo casualmente la canción de Sting *English man in New York*. Pues sería algo así como una catalán en Madrid, y aquí lleva Juliana cinco años, de modo que está perfectamente adaptado a la sociedad madrileña, aunque mantiene una cierta autonomía, derivada de vivir y sentir como catalán también. Por tanto, las reflexiones sobre Cataluña son reflexiones que, al menos desde el centro, todos deberíamos leer.

Hay un término que ha acuñado el propio autor, que es el del “catalán *emprenyat*”, que él mismo describe como una forma de *malaise*, de malestar en Cataluña, que los que no somos catalanes nunca habíamos acabado de entender del todo y que parte de nuestra clase política ha simplificado, yo creo, en exceso. Pues creo que este término aquí se explica perfectamente. Además, creo que el autor es lo suficientemente modesto para tratar de no convertirlo exclusivamente en un problema catalán, sino identificar el problema del malestar en la cultura catalana o, si se me permite, la identidad catalana, con algo que se da también en otras regiones de Europa que tienen características similares: son regiones industrializadas, que poseen su industria ya en la propia revolución industrial y que ahora ven peligrar todo ese bienestar que ha sido producto de generaciones de esfuerzo, de generaciones de trabajo. Que de repente sienten

como si el suelo se moviera a sus pies, es decir, una especie de disgusto, de alineación ante un mundo que cambia y que quizás no tienen los recursos suficientes para afrontar este cambio. Pero sobre todo, que no encuentran la comprensión suficiente por parte del resto de sus interlocutores que, en el caso de España, es obviamente el resto del Estado.

Y una de las conclusiones a las que llega, a este respecto, es que la disyuntiva real en Cataluña es ésta: continuidad crítica y tensa con España o bien fractura social. Y avisa de algo que estamos viendo todos los que viajamos mínimamente a Cataluña: que poco a poco va tomando fuerza un cierto fundamentalismo catalanista y, sobre todo, la impresión generalizada en esta comunidad autónoma de no ser suficientemente comprendidos, no solamente por la clase política de Madrid, sino por la población española en general. Esto no es producto solamente de una percepción catalana, sino que ha sido algo elaborado muy claramente a partir de determinados medios de comunicación. Llego volveré sobre esto.

Si antes decía que el enfoque del autor era a lo Montesquieu, su conclusión creo que es aristotélica, es decir, él busca el *mesotes*, el punto medio entre el pesimismo que caracteriza el discurso de la derecha frente a la crisis económica y el optimismo, muchas veces exacerbado, del Gobierno y, en particular, de su presidente. Y nos sugiere algunas soluciones para abordar muchos de los problemas.

Ahora voy a entrar de una manera muy poco analítica en este punto, pero espero que después podamos recogerlo en el coloquio. Él aborda dos ideas y es bastante categórico respecto a ellas. La primera es que nuestra geografía nunca será plena, en lo referente al posible desarrollo de su potencialidad, si no nos tomamos más en serio el corredor mediterráneo, que es el gran “perdedor” de la reorganización de las comunicaciones dentro de la Península, y si no cambiamos algunos

de las presupuestos que dábamos siempre por hechos respecto a la idea de España. Es decir, si no confiamos más en una idea de España como un ente mucho más integrador y, a la vez, más respetuoso de cada una de sus unidades. Yo creo que el principio federalista se reduce a esto y que el autor participa de una visión federalista de nuestro país, es decir, la de un centro que goza de un consenso por parte de cada una de las partes y, valga la redundancia, a la vez la de un centro que tiene capacidad para dejar hacer a estas partes y fomentar su “comunicación”.

Y no quisiera concluir sin entrar muy claramente ya en los puntos que nos sugirió que tocáramos Ángel Castiñeira. El problema al que se enfrenta España –y lo dice el autor muy claramente y algunos lo hemos observado también, y creo que en esto podemos coincidir– es que España es un país con un pasado, como dije alguna vez citando a Pessoa, mahometano e inquisidor, y poco a poco se va transformando en un país de coleguismo hedonista, es decir, en un país frívolo, donde lo que imperan son los valores del nuevo individualismo, valores ligeros, post-tradicionales, es decir, que en nuestro país siguen teniendo vigencia las tradiciones pero cada uno de nosotros hace su propio “menú” de ellas y las interpreta de forma subjetiva e individualista, es decir, que las tradiciones no nos dominan, sino que somos nosotros los que las manipulamos para adecuarlas a nuestro propio perfil biográfico.

No hay más que ver –y eso lo puedo decir por las encuestas del CIS– cuál es la idea que tienen los españoles respecto de la religión. El 80 % de los españoles, aproximadamente, se consideran católicos, pero solo el 69 % afirma que cree en Dios. Son estas contradicciones maravillosas que uno se encuentra de vez en cuando: personas que se identifican claramente como católicos y que, sin embargo, no creen en alguno de los dogmas fundamentales que forman parte de todo ello. Y eso tiene que ver

con la subjetivización de lo tradicional, un tema enormemente interesante.

Yo creo que lo que hay es una mezcla entre un pasado pesado y un presente ligero. Y, para afrontar el futuro no nos sirve ni el pasado, porque es excesivamente pesado, ni el presente, porque quizás sea excesivamente ligero, es decir, es un presente, como he dicho antes, de nuevos ricos, de una cultura que ha vivido en gran medida del pelotazo, de una cultura que no ha hecho sus deberes en cuestiones clave, como puede ser la educación o la búsqueda de una mayor cohesión territorial, para retomar al tema anterior.

Entonces, claro está, el problema es: ¿Qué tipo de identidad podemos reconstruir a partir de estos dos elementos, si no nos sirve el pasado pesado, ni nos sirve el presente ligero? Y no hay una opción clara para salir de esta situación en el mercado político. Por un lado, nos encontramos con un partido socialista en el Gobierno –y estoy hablando por boca del autor y, si no, que luego él me corrija– que se caracteriza fundamentalmente por un cierto radicalismo anticatólico como signo de identidad ideológico propio, frente a una derecha que precisamente se radicaliza en lo tradicional. Hay una colisión con la tradición en nombre de las libertades, las cuales, además, aparecen definidas de una manera no excesivamente detenida.

Y, por otro lado, nos encontramos con una derecha que hace un uso excesivo de la ideología española tradicionalista, con claros ribetes disgregadores, ya que uno de los puntos de identificación de su propio electorado consiste precisamente en la actuación del conflicto regional y nacional en España. Es decir, para poder ser de los nuestros, de lo que se trata es de excluir a otros. En definitiva, los dos grandes partidos construyen su discurso a partir de la identificación de los propios mediante la definición en negativo de un contrario. Claro, en estas condiciones, evidentemente es muy difícil conseguir articular algo que en estos momentos

es imprescindible: un consenso, aunque solamente sea durante un período de tiempo determinado, para salir de la crisis. Por tanto, yo creo que si lo que hace falta es un nuevo relato respecto a lo que somos, este relato respecto a lo que somos no lo vamos a encontrar en los discursos fundamentales de los partidos políticos establecidos.

Segundo punto. El subtítulo del libro es «*Geografía de un país vigoroso y desorientado*». Yo me voy a fijar en el “*desorientado*”, porque el “*vigoroso*” yo creo que ya no lo somos tanto; me parece que ya está un poco pasado. ¿Qué significa eso de país “*desorientado*”? Mi propia posición –yo creo que el autor es más optimista que yo a este respecto– es que vivimos en un país en que nadie tiene la brújula y nadie quiere tener la brújula para sacarnos de esta desorientación. Con un problema añadido: ya no podemos hacer lo que veníamos haciendo antes, que es mirar a Europa, apoyarnos en Europa como punto de referencia que nos ayude a seguir determinado camino, entre otras razones porque Europa está cada vez más fragmentada, ha entrado en una crisis, como la gran utopía para nuestro sistema democrático y como entidad de gobierno supranacional. Y, sobre todo, España es un país desorientado –y esto sí que me gustaría subrayarlo enormemente– como consecuencia de la acción de un actor, del que no se habla demasiado, que son los medios de comunicación.

Yo creo que nos han introducido en un pequeño gallinero donde no hacemos más que oír voces estridentes pero donde, en último término, no percibimos la articulación de ese relato que necesitamos como país en condiciones no precisamente amables. Se habla mucho en los periódicos, siempre que hay crisis, de que «*faltan ideas, falta relato, falta discurso*»; lo dice todo el mundo. Ahora, con la crisis de la socialdemocracia, todos en los periódicos decimos: «*Claro, ¡es que le falta discurso!*» Sí, eso ya lo sabemos. Pero ¿qué discurso? Este creo yo que es el problema porque, en último término, la dependencia de la política de los medios de comunicación, del sistema de



la comunicación pública en general, ha hecho que el discurso se acabe concentrando mucho más en eso que se denominan las *frames*, los marcos. Se trata de que los ciudadanos sean llevados a ver la realidad de una determinada manera, que es la que interesa a un determinado partido, en vez de proporcionarles un verdadero discurso a partir del cual puedan poner en relación todos y cada uno de los elementos de la vida social, y ver cómo encajan sus intereses, sus expectativas, sus valores, sus ideales dentro de ese mismo discurso, es decir, el modo ideológico tradicional. Las ideologías han saltado por los aires, se han fragmentado, y dentro de estos fragmentos solo quedan formas de percibir la realidad dirigidas única y exclusivamente a obtener fines políticos coyunturales en cada uno de los momentos. Es decir, el discurso va evolucionando en función de cómo se mueve el adversario y cuáles son los intereses coyunturales que en cada momento acompañan a nuestra acción.

En cierto modo, podríamos decir que el sistema político ha fagocitado el discurso ideológico, es decir, que son los *"tics"* de los imperativos del sistema político del juego Gobierno-oposición, más la enorme dificultad que tienen todos los grupos políticos para conectar con el espacio público y, por tanto, con la opinión pública, lo que en último término ha eliminado la posibilidad de la creación de este discurso.

Por tanto, la gran pregunta que podemos hacernos es ésta: ¿Cuánto discurso permite la política cotidiana? Eso es algo a lo que no responde el autor; aunque yo creo que a lo largo de todo su libro se percibe una cierta incomodidad con la imposibilidad verdaderamente de ir hacia allí.

Y, ya que estamos en la Cátedra LiderazgoS, quisiera concluir con una reflexión que tiene mucho que ver con la clase dirigente y, sobre todo, con una inmensa amenaza para el discurso y para la clase di-



rigente, que es el populismo. En unos momentos en los que es muy difícil articular un discurso, quien mejor sabe formularlo son precisamente los populistas. Lo hemos visto en las últimas elecciones europeas. En nuestro país, hay un populismo de derecha, a mi juicio, que está muy claramente anclado en todo ese discurso antinacionalista, en un determinado discurso sobre la esencia o lo que supuestamente es la esencia de España. En la izquierda, ahora hay una tentación, que se vio plasmada el otro día también en algunas declaraciones del Grupo Socialista cuando intentó pactar con Izquierda Unida y con Esquerra: el nuevo tope de gasto para el presupuesto que hay que cargar a los ricos. Esto es populismo de izquierda, cuando los ricos son realmente las rentas de más de sesenta mil euros, o sea, que en vez de hablar de rentas medias y altas, se dice: «*Vamos a gravar a los ricos en esta situación, para favorecer a los pobres*». Y populismo también por parte de los gru-

pos nacionalistas, pues el recurso es obviamente el victimismo de cada una de las patrias que se siente amenazada.

Pero, indudablemente, lo que no se percibe en este libro excelente es que nuestra clase dirigente sea capaz de enhebrar un discurso, y ni siquiera un pacto político, para llevar a buen puerto muchas de las asignaturas que tenemos pendientes. Y yo creo que la asignatura fundamental al final –y lo digo de una manera muy sentida– no es solo el recuperar nuestro vigor material, el crecimiento económico, sino mantener nuestra propia democracia. España ocupa el lugar 16º, 17º y 18º en los rankings más fiables de las democracias. Yo creo que es una posición bastante digna: estamos por encima de muchos de los países de nuestro entorno, con la excepción, quizás, dentro de los grandes países, de Alemania. Pero creo que poco a poco estamos perdiendo pie a este respecto. Y sería muy

interesante ver hasta qué punto, efectivamente, las disputas territoriales que tenemos planteadas y las disputas entre los dos grandes partidos acentuarán esta especie de desorientación de nuestro propio sistema democrático.

Yo creo que la deriva de España, si no recupera estas dos dimensiones, la material y la democrática, puede conducir a un lugar efectivamente nada deseable.

Quisiera acabar dándole la enhorabuena al autor, no solamente por el contenido de su libro –que como pueden ver permite hablar de muchos temas que están de máxima actualidad–, sino también por su estilo tan directo, tan claro, tan limpio, tan magnífico, que verdaderamente es un auténtico placer leerlo.

Muchas gracias.

Enric Juliana

Buenas tardes, buenas noches, casi. Muchas gracias por su asistencia y muchas gracias también a ESADE por la invitación a este acto, que no es propiamente una presentación del libro, sino más bien un comentario a varias voces y con personas muy cualificadas sobre el contenido del mismo, en el contexto y en el cuadro en el que nos hallamos.

Quisiera decir, en primer lugar, que este no es un libro escrito por un periodista soldado. Un periodista soldado es una categoría existente hoy en nuestro país, que, como todas las cosas, también sufre mutaciones –y quizás en alguno de los países europeos esto ha ocurrido. La profesión periodística, que nunca ha tenido unos contornos perfectamente delimitados y permanentes, está en crisis desde el día en que nació y se está transformando continuamente. Y, en los últimos tiempos, ha derivado en la figura del periodista soldado, que es el hombre que se encuadra en una posición y cuya misión básica consiste en

reproducir determinados argumentos que están previamente elaborados en beneficio de una determinada línea política, sobre la base –que yo creo que es muy sui géneris, muy específica– de que la voz de los representantes políticos ya estuviese como apagada o valiese menos, por lo que ha de ser sustituida por los periodistas como personas que, teóricamente, todavía gozan de una mayor credibilidad para transmitir aquellas ideas. Ello nos conduce a un panorama francamente patético en algunas situaciones, en que el periodista es casi, en términos judaicos, como el talmudista del político, que ya ha perdido la facultad de dirigirse directamente a la sociedad, a menos que no se dirija a través de la propaganda, de la publicidad del márketing.

Esta, creo yo, es una situación, y ante ella yo me resisto y me voy a resistir hasta que pueda. Y el día que no pueda, seguramente intentaré hacer otra cosa que ser un periodista soldado, si no un periodista observador, que es una función que, al menos cuando opté por esta profesión, siendo aún muy joven, es la que me sedujo y la que me interesaba y me interesa.

Por tanto, este es un libro hecho, sobre todo, a partir de una voluntad de observación, alimentada por una situación particular, que es el deseo del delegado en Madrid de un diario importante de Barcelona y que, por tanto, dispone en la capital de España de una delegación cuantiosa, formada por unos diecisiete o dieciocho periodistas, por lo que puedo estar coordinando distintos frentes de trabajo con la posibilidad material, digamos, a veces, de sobrevolarlos un poco, que es la condición básica para poder luego intentar dibujar una cierta panorámica.

A partir de esta situación, cuando ya llevaba dos años en Madrid, tuve la certeza de que tenía que escribir algo, porque era consciente de que mi situación era bastante singular y muy propicia para la redacción de una crónica general,

posiblemente desde una posición que incluso para los propios periodistas que trabajan para la prensa de Madrid puede ser más difícil, en el sentido de que su trabajo está más segmentado o está más focalizado en unos puntos y acaso no disponen de la posibilidad de contemplar las cosas desde un observatorio, desde una mayor distancia.

En ese sentido, el libro intenta ser algo que no creo que sea muy raro, al menos en otros países europeos, donde existe una cierta tradición, todavía vigente, de un periodismo político que se expresa a través del diario, de las crónicas, de los comentarios, pero que también produce, con una cierta periodicidad, trabajos más voluminosos, un poco más profundizados en forma de libro. Este periodismo político, en forma de libro, en España también ha experimentado una extraña militarización, aunque ahora hay una especie de pausa, hay poca producción. Pero, cuando llegué a Madrid, aquello eran verdaderas divisiones acorazadas que atravesaban las librerías en una dirección u otra, también bajo la lógica que les he comentado antes, del periodista soldado.

En definitiva, pues, yo quería hacer algo que ya había visto. Tuve la oportunidad de trabajar cuatro años como corresponsal en Italia. Si ahora hablas de que has estado en Italia, pueden empezar a mirarte mal, porque no es buen ejemplo para muchas cosas, pero yo soy de los que opina que Italia sigue siendo interesante en todas direcciones, y mal ejemplo para algunas cosas con toda seguridad, pero no para todas.

Pero, en fin, este no es el tema. Yo lo que quiero decir es que tuve la posibilidad de trabajar fuera, donde pude poner en práctica este ejercicio de la panorámica y vi, efectivamente, que una dimensión del trabajo periodístico es, en un momento determinado, sentarse y decir: *«Esto lo vamos a contar con mayor extensión y con mayor calma.»*

De ambos libros –porque creo que el segundo no se entiende sin el primero–, Àngel Castiñeira ha tenido, creo, el acierto de citar los subtítulos, y ha añadido: *«Posiblemente, son más interesantes.»* Sí, efectivamente. Porque cuando tú elaboras el título buscas una idea que tenga un cierto impacto, que interese, que llame la atención, y es en el subtítulo donde no has de quedar como un majadero, para entendernos. En el subtítulo es donde te la juegas, porque el título es una idea que puede ser más o menos brillante, pero es en el subtítulo donde das una pista más fiable al lector.

El primer libro fue escrito desde la perplejidad que me produjo el estallido de confrontación política, que ya existía pero que alcanzó su cenit en otoño de 2005, tras la aprobación del Estatut de Catalunya, primero en el Parlament de Catalunya y después en las Cortes Españolas –en el Congreso y después en el Senado. Fue uno de los momentos punta –según creo, por lo que he vivido, aunque aquí puedo estar equivocado– de la tensión política en España, al menos desde el punto de vista dialéctico, en los últimos años.

Y ahí sí empecé un poco a elaborar la idea sobre la que giraba este primer libro, en el sentido de que se estaba produciendo una significativa disociación entre el comportamiento de las elites políticas, y posiblemente también de una parte de las elites económicas, con respecto a la población, en el sentido de que nos estábamos entregando a unos discursos de una violencia verbal extraordinaria, hasta el punto que un ex presidente del Gobierno pregona por España que el país se dirigía a la balcanización, lo cual quiere decir, en pocas palabras, que el país se dirigía a la guerra civil, a una guerra civil cruenta, si se tomaba al pie de la letra la imagen, y ello en medio de la fase más hedonista de la historia del país, no de la historia reciente, de la historia estricta de España, desde que los conejos perdieron poder en beneficio de los hombres de la Península Ibérica. Es decir, en el momento de mayor riqueza material, de mayor

disfrute de la riqueza material, la elite política española se dedicaba a combatirse entre sí con el estandarte de la guerra civil.

Ello me llamó francamente la atención y, sobre todo, me produjo una sensación fuerte ver cómo en Madrid, particularmente en la ciudad de Madrid, no tan solo los grupos dirigentes, sino sectores digamos influyentes de la sociedad, transitaban por ese clima como si fuesen al gimnasio, es decir, sin interiorizar la dramatización, sino siendo todos conscientes de que se estaba jugando. En definitiva, que aquello era una representación barroca, para entendernos. Mientras, mis compatriotas en Catalunya o, al menos, una parte de ellos –el *President* Pujol no, porque es un hombre que conoce muy bien España–, puesto que por desgracia muchos catalanes no conocen bien España, se lo tomaron al pie de la letra y entraban en una fase de excitación nerviosa que, en algunos casos, todavía no ha concluido años después.

De ahí sale *La España de los pingüinos*, que es un poco intentar poner el énfasis en la perplejidad de esa disociación de la ciudadanía que vive uno de los mejores momentos de su historia desde el punto de vista de disfrute material de la vida, junto a una sobreexcitación de los grupos dirigentes y, sobre todo, de los dirigentes políticos.

El segundo libro intentaba ser, en el momento en que empecé a escribirlo, una continuación. Es decir, el primero se publicó en enero de 2006, pero lo había acabado de escribir en otoño de 2005. Y la cuestión era: bueno, pues, dos o tres años después, ¿cómo están las cosas? Este era el propósito inicial del segundo libro. Empecé a escribirlo en verano de 2007, cuando la cuestión de la crisis económica tan solo se intuía o semiintuía. Pero, a medida que yo iba elaborando el libro, el cuadro, la situación, fue cambiando y tuve que hacer todo un trabajo de adaptación progresiva e intentar mantener el ritmo de evolución que iban siguiendo los acontecimientos. Hasta el extremo siguiente: el

libro lo acabé de escribir en otoño; en noviembre del año pasado, cuando podríamos decir que ya estaba prácticamente escrito –faltaban algunas correcciones–, la editorial me mandó las pruebas de la portada, su propuesta y la idea que había con la portada, que es ésta: se ve la esfera terrestre y España aparece a la deriva.

Yo quería jugar con una cierta ambigüedad, con la idea de la deriva de España, no de España a la deriva –como se explica en la introducción, hay un juego de palabras a propósito de esto. Y, efectivamente, el dibujo rompe un poco esta ambigüedad, porque lo plasma con una alegoría bastante contundente. Y cuando recibí esta imagen me quedé un poco pensativo; incluso la mostré a una persona que me es muy próxima y cuyos consejos siempre atiendo con mucha pulcritud e interés, y me dijo: « ¡Hombre! ¿Esto? ¿Quieres decir? » Y hoy he de decirles que la alegoría sigue siendo alegórica, pero hoy cuando veo esto digo: « *Me parece que tomé la decisión acertada, al decirles, a la editorial, que ¡bien!, que ¡adelante!* » Porque creo que ésta no es que sea la realidad, pero sí empieza a ser un poco una cierta percepción de la realidad hoy dominante, al menos entre aquellos sectores dirigentes de la sociedad, no estrictamente políticos, que hace tres o cuatro años se entregaban gimnásticamente a ejercicios de “*excitación política*”, que creo que ahora deberían llenarnos a todos, sin excepción, de un cierto bochorno.

Porque, efectivamente, ahora está ocurriendo algo, para mí, muy significativo. Yo iba a decir *interesante*, pero no lo es: es significativo, y es lo siguiente. Todo el mundo ahora se refiere a nuestros años inmediatamente anteriores en términos incluso un poco despectivos: el “*pelotazo*”, el “*ladrillo*”... O sea, es como, de golpe y porrazo, se haya producido una especie de giro, incluso en el propio lenguaje, de tal forma que ahora parece que exista un sentimiento de culpa con respecto a lo que ha sido la evolución económica del país en los

últimos años. Pero no creo que sea exactamente un sentido de culpa, sino que es más bien un cierto deseo de desvinculación. Yo creo que con este pastel no he tenido nada que ver. El pastel está ahí. El “pastel” se refiere a la certeza, a la evidencia de que hay un modelo económico que en estos momentos sufre una avería de una profundidad y una entidad muy importantes, superiores, en muchos aspectos, a la avería que en estos momentos está afectando a las demás economías europeas.

Este giro en el lenguaje es profundamente significativo. Yo creo que marca uno de los momentos de la situación, este no reconocerse en lo que se ha hecho o, en cualquier caso, este no querer reconocerse de una forma plena en lo que se ha hecho hasta ahora.

Por tanto, este es un libro que habla de los de arriba y de los de abajo. Castiñeira lo ha citado en un sentido, retomando el hilo anterior. Es decir, si hace tres años constatábamos que se estaba produciendo un comportamiento que yo cualificaría de frívolo por parte de los grupos dirigentes con respecto a la situación, ¿qué va a pasar ahora? ¿Qué va a pasar en el momento en que el comportamiento social posiblemente sufra, en los próximos tiempos, alteraciones y expresiones de descontento, que aún no se han producido?

Me consta que algunos sociólogos manifiestan, en estos momentos, su extrañeza ante el clima de paz social que sigue existiendo en España, pese a la gravedad de los indicadores económicos. Yo, sin ser sociólogo, creo que esa extrañeza puede formularse teóricamente. Pero este es un país vigoroso y, cuando me refiero a ello, no me refiero a la estadística económica –que también–, sino a que España tiene, de hecho, unos procesos muy importantes. En los últimos treinta años, España no solo ha disfrutado y ha despertado como país hedonista, que lo había sido muy pocas veces, sino que además ha efectuado un despliegue de energías extraordinario; ha cambiado muchísimas

cosas; es uno de los países europeos que más cambios en profundidad ha tenido, inherentes a la sociedad, y ha aprendido a hacer cosas que jamás se habían hecho aquí, tanto en el plano empresarial como en el de la formación técnica, etcétera. Por tanto, este es un país que tiene, para entendernos, las pilas muy cargadas –al menos tal como lo veo yo–, por lo que, de arriba abajo, también para mí es ahora muy comprensible y se explica bien que en esos momentos no estemos en una situación de estallido social. España es un país que tiene un vigor de fondo muy importante, y yo creo que esto es una referencia que no debería olvidarse. La cuestión es cómo se van a manejar en los próximos tiempos estas nuevas contradicciones y esta nueva separación entre elite y sociedad.

No quisiera ahora, en fin, hacerles un resumen exhaustivo de las diferentes ideas que expongo, pero el libro tampoco es un libro en el sentido programático ni intenta defender, ni siquiera de una manera indirecta, un cuadro de ideas cerrado, aunque evidentemente contiene algunas ideas y algunos enfoques.

Está la cuestión de la geografía, que a mí –una vez lo he escrito– es lo que más me ha gustado a posteriori, sobre todo porque a mí, cuando era pequeño, me gustaba mucho la geografía, y es una de las cosas que me habría gustado estudiar. No lo he hecho porque me he dedicado a ser un periodista no soldado. Y lo que ha dicho Fernando Vallespín contiene una reflexión que yo me hice mientras escribía el libro. El tema de la globalización como concepto geográfico que ha imperado durante unos años, precisamente en estos años en los que todo parecía posible, la idea que efectivamente la revolución de las telecomunicaciones convertía, de alguna manera, en irrelevante o en muy secundario el lugar donde se producían los hechos, de modo que desde un garaje de la capital de Lituania se podía organizar una gran empresa de distribución mediante un ordenador y gente que supiese y tuviese la capacidad de conectarse. Y esto yo creo

que es así, o sea, no es una ficción: es así, sigue siendo así y seguirá siendo así, porque eso es la nueva naturaleza del mundo.

Ahora, también creo que la crisis económica en estos momentos está poniendo muy de relieve que la geografía no ha desaparecido, que la geografía no es irrelevante. En el momento en que se ha producido, en definitiva, una pérdida de valor de determinados activos, básicamente de los activos inmobiliarios, es como si la tierra hubiese dicho: «Oiga, yo estoy aquí y no estoy aquí por el valor económico que se me asigna, sino por el lugar donde estoy en el mapa del mundo.» En este aspecto, intento jugar con dos o tres imágenes que a mí me parecen muy importantes para intentar situarnos.

Una primera es que hay que empezar a romper con la idea –los grupos dirigentes la han roto, porque saben perfectamente dónde estamos, pero hay que trasladarlo al conjunto de la sociedad– de que todavía estamos en el centro del mundo: este viejo mapa en el que España aparece exactamente en el centro ya no existe; tiene un sentido histórico, pero ya no existe.

Segundo, el mapa de Europa, tal como lo hemos imaginado, deseado e idealizado durante estos últimos veinte años, que han sido extraordinarios, desde este punto de vista para el país tampoco existe; ha cambiado. Y la Europa “fibrosa” de los próximos veinte o treinta años no se sabe exactamente aún qué contorno va a tener. Y, sobre todo, lo que nosotros no sabemos es qué porciones de la Península Ibérica van a estar en el interior de ese mapa.

Y, en tercer lugar, la idea de que España es un país geográfico, o sea, que la geografía define España. Eso ocurre en todos los países, pero quizás en éste de una manera mucho más acentuada, porque las dificultades orográficas explican algunos de los comportamientos históricos importantes del país, algunos de los cuales todavía perviven con

traducciones modernas. Y, como consecuencia de esta geografía específica singular, este es un país de juntas. Si, en estos momentos, yo tuviese que definir España, la definiría de dos maneras.

Primero, yo diría que España es un país solar, en términos económicos y en términos de futuro. ¿*Solar* qué quiere decir? Que tiene dos capitales, de las cuales no va a poder prescindir. Pero lo que no sabemos es qué grado de explotación les podrá dar en los próximos decenios, pues tiene *suelo* y *sol*. Del *suelo* hemos hecho algo extraordinario en términos financieros, y el *sol*, desde los años sesenta, está yendo bastante bien, aunque ahora hay indicios de que algo empieza a desfallecer.

Y, luego, España es un país de juntas, como consecuencia de la geografía. Estos últimos años se han mitificado de nuevo los hechos de 1808, y quizás con justicia, como movimiento de surgimiento de la nación española moderna. Yo creo que no. Yo creo que más bien es en el momento de la Paz de los Pirineos cuando se sella y el país se encuentra consigo mismo –pero, bueno, esto ahora no es el tema. España es un país de juntas, un país en el que cada territorio tiene su propia ley. Y esto hoy está plasmado en la Constitución y es la sustancia de la dinámica política española. Y todo lo que vaya a ocurrir en los próximos años, bueno o malo, ocurrirá en el interior de este marco. España es un país de juntas; bueno, a partir un poco de estas constataciones hay un mapa de las juntas y un mapa de los intereses de cada una de ellas, legítimos todos ellos, en función de esa determinación o esa conjunción de factores históricos y geográficos.

Acabaría sólo refiriendo dos ideas al respecto. Existen tres ejes, ya que estamos hablando en términos geográficos. Un eje sin el cual, yo creo, no se explica la España de 1977 para acá, que es el siguiente. Es un eje de carácter vertical, que va del País Vasco a Madrid y a Andalucía, y que en el libro digo que es la suma de las tres excepciones.



El País Vasco y Navarra, una excepción plasmada en la Constitución, derivada, además, de la historia, de los acontecimientos del siglo XIX, conocidos por todos y con unos planteamientos aceptados por la Constitución. En el libro hablo del País Vasco y de Navarra como de Luxemburgo, sin ánimo de que nadie se sienta enfadado, entre otras cosas porque Luxemburgo es un país muy respetable, que conozco un poco, que no es un paraíso fiscal, pero que tiene su excepción en el marco europeo.

Madrid constituye una excepción como la constituyen en todos los países, en todos los grandes países, las capitales de Estado, que en la práctica acaban configurando una excepción, porque la capitalidad le confiere unos costes, pero también unas oportunidades que no tiene el que no dispone de la capitalidad del Estado.

Y, luego, Andalucía, en la medida en que ha existido y existe todavía un amplísimo consenso social en el país, uno de los mayores consensos que ha habido, sobre la idea justa moralmente de que Andalucía, de que el sur, tenía que ser protegido socialmente, de que España tenía una deuda con el sur y de que esa deuda tenía que ser reparada. Y sobre este punto ha existido y sigue existiendo un amplísimo consenso, de razón, con raíces políticas, históricas, morales, incluso me atrevería a decir de carácter religioso. Y sobre ese consenso también se ha configurado una cierta excepción. Y este eje vertical que une y enlaza las tres excepciones ha sido, para mí, a mi modo de ver, el eje dominante desde 1977 para acá.

En estos momentos, de manera incipiente, aunque yo creo que no casual, se está hablando cada vez más del eje mediterráneo. Básicamente por un motivo, derivado de la propia situación económica.

El eje mediterráneo sigue siendo, en términos de la estadística económica, la franja más activa económicamente del país y la que, en términos, podríamos decir, de una cierta visión geopolítica o geoestratégica tiene algunas potencialidades todavía por desarrollar desde el punto de vista de la captación, por ejemplo, de los flujos comerciales con Oriente y el Extremo Oriente. Lo que ocurre es que es un eje políticamente desarticulado, por razones complejas de explicar, que ustedes seguramente tienen en mente, en cuanto a las difíciles relaciones entre Cataluña y Valencia, entre catalanes y valencianos.

Y, finalmente, yo diría que se va a tener que dibujar un nuevo eje, a partir de una propia consideración de la nueva situación realmente existente, que es el eje entre Madrid y Barcelona. Es decir, si las cosas no mejoran, en la medida en que se ha producido un cambio de rasante muy drástico y que las perspectivas en los próximos años son realmente preocupantes, este país difícilmente puede afrontar el futuro con una cierta responsabilidad si sus núcleos principales no son capaces de articular no solo la competición –que ya está articulada y está planteada–, sino también la cooperación. Ahora bien, eso que suena muy bien, y que todos nosotros seguramente suscribiríamos, siempre se produce en el plano de la política, y en el plano de la política se pueden conducir las cosas en una dirección u otra.

Y, como del plano de la política el que sabe más, muchísimo más que yo, es Jordi Pujol, yo concluyo aquí.

Muchas gracias.

Jordi Pujol

Este es un libro muy importante, realmente muy importante. Juliana ha dicho: *«Pensé que yo podía*

hacer una especie de crónica general de España.» Efectivamente, es lo que es.

Yo siempre digo que para hacer política –no necesariamente buena–, en principio conviene saber tres cosas: historia, geografía y demografía. La frivolidad de muchos políticos hace, por ejemplo, que nunca hayan pensado en la demografía, ni en la incidencia de la cuestión de la natalidad en España, donde además hay la demagogia antinatalista, ni en la influencia de los grandes movimientos migratorios, que nadie quiere, por otra parte, pero que, al fin y al cabo, son decisivos, y que durante mucho tiempo, por complejos y por lo que sea, no se han afrontado. Y España, en este sentido, tiene una de las peores notas en cuanto a plantearse estas cuestiones. Por tanto, historia, geografía y demografía. Pues Juliana nos recuerda esto, la geografía.

Por cierto, la conjunción de historia y geografía conduce a la identidad. La identidad de un país se basa en la historia, lo que ha sido –porque eres lo que has sido y lo que has hecho–, y además el marco en el cual se ha producido. Lo digo porque, como decía muy bien Vallespín, la globalización no borra la geografía ni las identidades. En fin, es un tema que hoy no toca, por lo tanto lo voy a dejar.

En todo caso, ese es un buen libro, primero, para entender qué pasa en España. Segundo, para entender factores determinantes de la historia moderna de España: ¿Por qué las cosas son así y no de otra forma? Y, finalmente, evidentemente, también sirve para entender el momento actual de Cataluña.

Como ya se ha dicho, entre los libros de Juliana, hay uno que ha escrito conjuntamente con otros cinco periodistas, que lleva por título *La rectificación* y que es un libro que se aplica sobre todo al tema catalán y a la cuestión de Cataluña, en que señala que desde Cataluña se tienen que rectificar determinadas cosas. Y es un complemento catalán, pero con proyección a

toda España, que tiene la misma importancia a los efectos de entender lo que ha pasado, sobre todo en estos últimos tiempos.

Luego, respecto de los subtítulos –Juliana realmente es un artista en esto de los subtítulos–, dice: «*Un país vigoroso y desorientado*». Exactamente. Creo que, efectivamente, España es un país vigoroso y desorientado. La única diferencia entre lo que yo pienso sobre esto y lo que dice Juliana es que yo creo que España es más vigorosa incluso de lo que ellos dicen. Por tanto, España, en lo fundamental, es un país muy vigoroso, lo ha sido siempre, incluso en sus épocas de gran decadencia. Y ahora lo es, no solamente por el cambio económico que ha hecho, sino por su idioma: ustedes saben que estoy muy preocupado por procurar evitar que el idioma castellano suplante el catalán en Cataluña, pero, evidentemente, que quede claro que el castellano es una *force de frappe* (como habría dicho el general De Gaulle) muy potente. Por su posición geográfica, por su volumen –es un país de cuarenta y cuatro millones de habitantes, desarrollado, con fuertes conexiones–, que le sitúa bien en el futuro, sobre el Atlántico, sobre el Mediterráneo, y también mal en un cierto sentido, porque le sitúa en primera línea de la relación con África, y la relación con Asia a través del Mediterráneo. Y luego, evidentemente, su relación con América Latina es una carta muy potente. España es un país vigoroso. La propia idea que los españoles tienen de sí mismos, deformada muchas veces, evidentemente es narcisista, insoportable en ciertos momentos, pero de todas formas es potente. Yo creo realmente que es un país vigoroso y desorientado.

Como ya se ha dicho antes, España vive, además, sorprendida porque, de repente, se ha encontrado rica. Juliana lo explica muy bien, y Vallespín ha recogido la mentalidad del nuevo rico. ¿Qué es un nuevo rico? Un nuevo rico es alguien que toda la vida ha vivido justito, que ha salido adelante pero modestamente. Y toda la vida ha visto que el vecino del rellano tiene más dinero, se gana

mejor la vida, y se encuentran en un ascensor y el vecino le dice: «*Me voy a comprar otro coche; hace dos años compré uno, pero he visto ahora un anuncio que dice que hay otro coche, con un botón de no sé qué, que pasa no sé qué.*» Claro, el otro, el modesto, hace siete años que va con el mismo coche. Y va aguantándolo. Un buen día, por méritos propios o porque le toca la lotería o por lo que sea, dice: «*Yo también soy rico o a lo mejor soy más rico que el vecino.*» Y, entonces, su gran preocupación es demostrar al vecino que él ahora ya es más rico que él, y hacérselo notar.

Y España lo ha hecho, y además se comprende porque, fíjense ustedes: si ustedes cogen los estudios que había sobre renta, sobre lo que ahora llamamos producto interior bruto *per capita* del año 1854 –no sé cómo lo calculaban; por tanto, no puedo asegurarles que esto haya sido un estudio totalmente fidedigno, pero, en fin, es lo que hay– y los comparan con lo que pasó de 1854 a 1959, España subió pero, comparada con Inglaterra, con Italia, con Alemania, con Estados Unidos, con Japón, con Francia, es decir, con los grandes países, es una evolución muy negativa. Es un país que, efectivamente, también va haciendo su progreso, pero en realidad pierde posiciones.

Y luego, de 1959 al 2006, o al 2005 o al 2003, todo esto cambia. Empieza un crecimiento económico y, además, una transformación social, una creación de clase media importante, una gran creación de clase media, desde 1959. Y, evidentemente, luego llega un momento en que se dice: «*A lo mejor esto quiebra, porque ahora viene la transición política y, ¿qué va a pasar?*» La transformación política se hace bien, incluso muy bien, también económicamente, con una gran continuidad. En realidad, en España ha habido una política económica bastante igual desde 1959 hasta hace cuatro días. Ahora mismo no lo sé, porque no sé cuál es la política económica que tenemos, pero, hasta hace cuatro, días ha tenido la misma. Yo decía a veces: «*A mí me da lo mismo Solbes que Rato.*» Y a mí

Fuentes Quintana me da lo mismo que Boyer, en un cierto sentido, porque claro, Boyer, tras ganar las elecciones después de una campaña muy demagógica, al cabo de tres días hizo una rueda de prensa en que los periodistas le preguntaron por todo aquello que prometieron, a lo que respondió: *«Olvídense, el camino es estrecho.»*

Durante todo este tiempo, ha habido un crecimiento económico muy importante y, además, bien llevado, quiero decir equilibrado. Entonces, ahora, hace tres o cuatro días, la sorpresa es un poco distinta: es la sorpresa del nuevo rico, el estallido de un gran optimismo, lo que usted en el libro describe como «un optimismo inédito». Es verdad, que, de todas formas, España estaba sumida en un cierto pesimismo. Fíjese usted en la diferencia entre este optimismo actual en que España se lo comía todo: «Los italianos son unos desgraciados, los hemos superado ya; los franceses están a nuestro alcance; los alemanes siempre pagan y tal.» Todo esto eran estupideces, pero, de todas formas, ese optimismo –como decía Canovas del Castillo, que era indudablemente un gran conocedor de España– está en el inicio de la recuperación española. De la restauración se dirá lo que se quiera, pero representa una estabilización del país. Y esto ya lo decía Canovas del Castillo hace un poco más de cien años: *«Somos españoles los que no podemos ser otra cosa.»*

Ese es el cambio. Ha habido tanta euforia que, en realidad, lo que ha pasado es que España ha caído en una cierta embriaguez. Es decir, entre las frases que les acabo de citar, hay frases del presidente Aznar y del presidente Rodríguez Zapatero. Son frases de alguien que ha perdido el sentido de la medida, porque de repente se encuentra con que había ido todo el tiempo con un Ford de los años veinte o cuarenta o de los sesenta, es igual, y ahora de repente se encuentra con un Ferrari. Y entonces es cuando este hombre puede tener un accidente. Ocurre un accidente cuando, de repente, se encuentra con un gran coche y él

quiere demostrar también que es un gran genio. No me refiero a ningún presidente. España quiere demostrar que es un país genial, y por ello se ha producido esta embriaguez, esta euforia excesiva.

Bien es cierto que la alegría es siempre un activo económico, y usted lo dice que uno de los grandes activos de España es, precisamente, la palabra *alegría* o un sinónimo. Todo esto es lo que ha habido, y todo esto –como antes también ha dicho Vallespín– se ha fundado en un binomio muy curioso, que es el bienestar y la libertad hedonista, lo cual hace que España hoy, en ciertos aspectos, sea un país poco serio. Porque, claro, bienestar y libertad hedonista significan un cierto relajamiento en todos los sentidos: en el sentido económico, en el sentido social, en el sentido político, evidentemente en el sentido moral, y una pérdida de valores muy importante en poco tiempo.

Y, claro está, ahora, después de todo esto que es tan positivo, España se encuentra con una sorpresa; después de decir que los italianos nada, que los franceses tal –Aznar llegó a decir a los americanos, en cuestiones culturales (no en cuestiones económicas): *«Oiga, dentro de cincuenta años habrá que hablar de esto a los Estados Unidos, porque entonces habrá tanta gente en los Estados Unidos de origen mejicano que ya hablaremos de eso de las lenguas y tal.»* Esto es una gratuidad dicha por un conductor de Ferrari.

Ahora resulta que somos campeones en casi todo: en baloncesto, en fútbol, etcétera..., y en paro. Yo, a veces, cuando vienen y me explican esto, les digo: *«Sí, ¡oé, oé, oé!, campeones en paro.»* Y, además, campeones en paro no por poco, sino por mucho, y con una previsión que la crisis española va a durar, que aunque sea menos grave en ciertos aspectos que otras crisis de algunos de los países europeos, en cambio, en el terreno del paro, es más grave y será más grave. Es decir, pagamos nuestra petulancia con esto.

Hay otro país petulante y engreído, que lo está pagando no en paro, pero sí en déficit y en pérdida de prestigio: Irlanda. Irlanda también es otro nuevo rico. Toda la vida había estado allí comiendo mal, maltratados, despreciados, etcétera, y, de repente, todo cambia. Entonces, claro, toda su obsesión fue demostrar a los ingleses que eran más ricos que ellos y su absoluta insolidaridad –algo que España también hace. La insolidaridad es que, en el referéndum aquel que habrá que repetir, algunos decían: «Y, nosotros, ¿por qué tenemos que pagar carreteras en Lituania?» Perdonen, Lituania no, Irlanda. Cuando resulta que Irlanda y España –y usted lo dice, 118.000 millones de euros–, son los dos países –y hay aquí un mérito muy particular de Felipe González– que, con mucha diferencia, más se han beneficiado. Por tanto, España es esto: un país desorientado –ahora creo que sí lo es– y vigoroso. Y he subrayado antes la importancia, la magnitud y la importancia de este vigor y de la desorientación. Esto es pues un aspecto que Juliana explica muy bien.

El segundo aspecto es sobre la composición interna de España, que concretamente Juliana define como «*un mapa con muchas curvas*» y, por tanto, complejo: «*Atención, mucho orgullo y, atención, mucho resentimiento*», dice usted. Yo añadiría, además, con propensión a la envidia, al orgullo y al resentimiento juntos, con propensión a la envidia. Y España esto lo tiene, y se nota en muchas cosas. Ahora, en la disputa territorial. Esto, repito, se explica muy bien en el libro.

Y al final habla, dentro de todo este conjunto de curvas, orgullo, resentimiento, complejos, etcétera, también del tema de Cataluña, al que me permitirán que le dedique una atención un poco particular. Como ha dicho muy bien Vallespín, ¿cuál es el lema? «*No menos que ellos*», y “*ellos*” siempre significa los catalanes. ¿Por qué no significa los vascos, que evidentemente tienen mucho mejor trato que nosotros? (Y, en fin,

les felicito, muy bien, estupendo.) No menos que “*ellos*” quiere decir los “*catalanes*”, y cuando el nuevo rico tiene que decir al rico antiguo, que quizás además también en su momento se ensoberbeció y fue un poco petulante: «*Oiga, nosotros ya tenemos un ordenador por niño. ¿Cuántos tienen ustedes?*» –y esto yo como presidente de la Generalitat me lo oía decir de vez en cuando. Nosotros, por supuesto, no tenemos un ordenador por niño. Ahora dice Rodríguez Zapatero que nos los va a regalar, pero entonces no los teníamos. «*Nosotros ya hacemos operaciones de transexuales. ¿Ustedes hacen operaciones transexuales?*» No, nosotros no hacemos. Que ahora sí hay que hacerlas, porque el tribunal nos obliga a hacerlas, pero: «*¿Ustedes hacen operaciones transexuales? Nosotros sí.*» Esto es el nuevo rico, y el otro va encajando estas cosas. Esto, para explicar un poco la situación de Cataluña, hay que tenerlo en cuenta. Y esta cuestión Juliana la describe muy bien. ¡Como es de Badalona!...

Los catalanes hemos sido –quizás se sorprenderán– apóstoles de la solidaridad en España, documentalmente, desde Cambó, político de derechas. Desde el tema de la reforma agraria andaluza, que a nosotros nos parecía que era la solución para Andalucía –y seguramente no lo era; la solución para Andalucía ha venido después y no necesariamente a caballo de la reforma agraria, aunque también, evidentemente, algo ha habido de positivo en el campo agrícola. Porque él lo explica muy bien. Dice que Cataluña es el país donde es más fuerte eso que él denomina el *catolicismo difuso*, el catolicismo acomplejado –y eso es un poco más difícil de explicar y, por tanto, mejor que compren el libro. Pues mira, puede que sí: nosotros nos hemos enriquecido y los otros no se han enriquecido tanto, pues esto no está bien. Puede que sí hayamos alardeado un poco. Esto le pasa a toda Europa. Toda Europa tiene un catolicismo difuso, un complejo de inferioridad, un comp-



lejo de culpabilidad. Frente a las migraciones, por ejemplo, tiene un complejo de inferioridad. Habrá reacciones, porque naturalmente luego empieza a haber gente que dice: «Oiga, cuida-do.» Pero, de todas formas, la actitud básica que ha habido y hay en Europa frente a estos temas ha sido de complejo de inferioridad.

Naturalmente, es peligroso caer en estos complejos de inferioridad y de culpabilidad en que nosotros hemos caído. Yo puedo aportarles textos que son un poco “*alucinantes*”. Incluso les podría aportar algún texto mío de cuando yo tenía veinte o treinta años sobre esto, cuando me dedicaba a visitar Andalucía y Extremadura y Castilla buscando esto precisamente, dónde estaba aquello de *Los santos inocentes*. ¿Recuerdan ustedes *Los santos inocentes*? ¿Esto existe o no existe? Sí, existe. Entonces, uno regresa con un complejo. Aunque tú no tengas

ninguna culpa de aquello. Pero, en fin, en cierto sentido, la solidaridad tiene que jugar en esto.

Y, luego, naturalmente, esto lleva a un momento de una gran decepción, que es la que algunos sentimos cuando gente muy importante del Estado, de derechas o de izquierdas, me dice: «*Usted no se engañe. La solidaridad solo se practica con los bienes ajenos.*» Y esta es la filosofía que hay hoy en España, pero que se comprende, porque el egoísmo es innato en la persona humana. Pero lo que pasa es que la dirección política y moral de un país tiene que saber luchar contra esto, y no estimularlo como lo ha estimulado. Esto es serio.

A esto hay que introducir todavía un último elemento, en el que también Juliana insiste mucho: el papel de España, el papel de Madrid. Hace poco, en *La Vanguardia* aparecía un artículo

de Germà Bel que decía: «*España, capital París*» ¡Hombre, no! La capital de España no es París. «*Ya sé que no es París, pero España quiere tener una capitalidad como París, y quiere que España sea como Francia.*» ¿Qué es Francia? París; número uno, París; número dos, París; número tres, París; número cuatro, París; número cinco, París; número seis, Marsella, Lyon, y tal. Esto es así. Pero, además, tampoco es exclusivo de España. Los países con vocación imperial –España siempre ha tenido vocación imperial, porque forma parte de su génesis– y los países de las grandes monarquías de los siglos XV, XVI, XVII, las grandes monarquías absolutas, las que, por otra parte, construyeron su poder con el Tratado de Westfalia –y aquí concretamente, sobre todo con el Tratado, que usted ha citado, del Bidasoa, en fin, de los Pirineos, la Paz de los Pirineos– siempre han querido tener esto. España lo ha tenido a medias sólo, porque incidió en la época de su decadencia, pero ahora quiere recuperarlo. Y esto también está muy bien explicado en el libro.

Lo último que quería comentarles es que se trata de un libro útil para entender toda España, desde Galicia hasta León y Zamora. ¿Usted ha estado en Zamora alguna vez? Aquello es otro mundo, y vamos a ver cómo sale de aquello. No sé si ha cambiado durante los últimos quince años. El caso es que este libro también sirve no solamente para entender lo que les he estado diciendo, incluso Zamora, sino la situación del estado de ánimo en Cataluña.

Yo sé que usted un día quedó un poco sorprendido cuando vino a la reunión, hace dos años, en Sant Benet de Bages. Entonces, usted, que venía con el ánimo de un madrileño con buena conciencia, se encontró con una serie de personajes serios...

Enric Juliana

Parecía un psicodrama colectivo.

Jordi Pujol

Parecía un psicodrama colectivo, a pesar de que nos moderamos, pero fue un psicodrama colectivo. O sea que, como dice exactamente, y utilizo sus palabras, Juliana, existe un malestar y una honda inquietud en Cataluña.

Y verá usted, el presidente Montilla, que no es un nacionalista catalán –incluso algunos niegan que sea catalán, pero en ello se equivocan– se define muy bien a sí mismo, de una forma que a mí, además, me produce satisfacción, porque además conecta bien con alguna de las cosas que habíamos dicho ya en los años cincuenta y sesenta, y usted dijo un poco más tarde, porque era más joven, aunque también participó en algunas cosas de estas un poco más tarde. Una vez, cuando fue a Andalucía y los andaluces, así un poco en tono de *chance*, le dijeron: «*¡Ya tenemos un presidente andaluz en Cataluña!*». La respuesta fue muy exacta: «*Yo no soy andaluz; soy un catalán nacido en Andalucía.*» Muy bien. Esto es la integración y, además, es un orgullo para nosotros. Primero, el país lo ha aceptado... –a mí me gustaría que el presidente de la Generalitat no fuera Montilla, sino otro, pero no por esto– y, además, demuestra otra cosa: que en Cataluña el ascenso social funciona muy bien. Hoy he almorzado con el embajador de Marruecos y me ha dicho lo que me han dicho muchas veces los cónsules y los embajadores, por ejemplo, de países sudamericanos, y hoy el de Marruecos: «*Nosotros, que sabemos cómo son recibidos los inmigrantes en todas partes (por tanto, siempre es una valoración comparativa, es decir, los del catolicismo difuso siempre encuentran que estamos en falta y que cometemos pecado, que estamos “acongojados”, pero los embajadores saben cómo funciona esto en todas partes), oiga, como en Cataluña, ninguna otra parte.*»

El presidente Montilla dice: «*Oiga, está aumentando mucho la desafección en Cataluña.*» Se



refiere a la desafección con respecto a España, lo cual no quiere decir que desemboque en un movimiento separatista o independentista. Evidentemente, aumentan el sentimiento, la emoción y la sensibilidad del independentista, pero que eso tenga una traducción política no es nada seguro. Pero la desafección sí. Y eso lo dice Montilla. Si lo dijese yo, por ejemplo, o lo dijese Mas o lo dijera quien fuera, podrían decir: «*Hombre, es que ustedes son...*» No, no, lo dice Pepe Montilla, presidente de la Generalitat de Catalunya.

Por tanto, lo que dice Juliana es cierto: existe un malestar y una honda inquietud. Paradójicamente, según Juliana, hay mucha gente en España que espera que ahora haya una reacción catalana positiva, en sentido positivo a efectos generales españoles. Yo dudo que, por el momento, esto se produzca, entre otras cosas porque para que esto se produzca primero tiene

que haber una reacción interna catalana, y ésta yo creo que sí la pueda haber. Y luego tiene que haber, naturalmente, un mínimo de aceptación o de interés o de apertura por parte de España, que en estos momentos no se da.

Como ha dicho muy bien Vallespín, la sensación que tenemos no es que la clase política –el PP y el PSOE– tengan unas actitudes criticables, desde nuestro punto de vista, respecto a Cataluña, sino que la opinión pública española y, evidentemente, toda la prensa, desde *El País*, hasta *La Razón*, son hostiles. Podemos estar equivocados, pero lo que cuenta no es la realidad sino la percepción de la realidad y, por tanto, la primera acción que hay que hacer en política es cambiar la percepción, si es que esta percepción es errónea. Pues esto es lo que hay y es lo que dice Juliana: hay malestar y una honda inquietud.

Entonces, dice: *«Sin embargo, en España hay gente que piensa que habría que haber una reacción catalana, una aportación catalana»*. Bueno, en todo caso, eso puede ser motivo de debate, pero hoy, hay que superar primero esta situación. ¿Es posible esta reacción? Pues sí, porque internamente Cataluña tiene activos. Ahora “no toca” hacer la relación de activos que tiene Cataluña, y de los activos que puede utilizar, pero los hay. Hay una acumulación de capital social, por así decirlo, y de capital mental y de actitudes. Puede haber una cierta crisis de algunas de estas actitudes actualmente, pero fundamentalmente persisten. Pero, claro, hay que superar la perplejidad, y entonces viene la cuestión del liderazgo: habrá necesidad de que surja un liderazgo potente, que haya ideas claras y se pueda superar la situación con la confianza en nosotros mismos.

Y termino con una valoración con respecto al futuro de España. El otro día estaba hablando con un personaje muy importante –no me hagan decir el nombre– del mundo socialista, no digo del Gobierno, pero sí del mundo socialista, y me dijo una cosa. Tuvimos una discusión, una divergencia de pareceres, cuando me dice: *«España está a punto de entrar en la segunda división»*. Y yo le digo: *«No, oiga, no, España no está a punto de entrar en la segunda división. Lo que pasa es que España creyó que estaba en condiciones de jugar la UEFA, y alguno creía que incluso de jugar la Champions, porque realmente el “ituminismo” que en algún momento reinó en las altas esferas –y que todavía reina en algunos aspectos– permite pensar que uno puede jugar e incluso ganar la Champions»*. Cerca de jugar la UEFA sí estaba, pero ahora no. Sin embargo, no está a punto de bajar. Hablando en términos futbolísticos, podrá ser la novena, la décima, la duodécima pero, en fin, permanece en primera división. Pero, evidentemente, aquel relumbrón que había se ha modificado un poco.

Por tanto, por ahí creo que no hay que preocuparse mucho. Eso sí: hay un deterioro, pero sabemos que España –hablo ahora de España– tiene activos también muy importantes, como los tenía antes Cataluña. Y volviendo a Cataluña, simplemente pienso que ahora a Cataluña se le impone una cierta etapa de interiorización, de reforzamiento interno, no de cierre, no de encerrarse, pero sí de distanciamiento, de decir: ¿Qué va a pasar en España? No sabemos lo que va a pasar en España. En principio, si no cambia un poco la “actitud” en las clases dominantes y un poco de la opinión pública española, pase lo que pase no nos va a favorecer en nada. Lo que pasa es que tienen que arreglarlo, porque le conviene a España, no a Cataluña. Por tanto, esto lo entenderán y ya lo harán, supongo. Se impone, pues, un cierto distanciamiento, no un encerrarse en sí mismos, sino un cierto distanciamiento.

Para que ustedes lo comprendan, Castiñeira ha leído un párrafo del libro de los pingüinos, que hablaba de una clase política “nacional” y “patriótica” española. Para mí, como político, es decir, que pertenezco o, mejor, pertenecía a la clase política –aunque no exactamente a una clase política “nacional” y “patriótica”: la terminología tendría que ser un poco distinta en mi caso, porque yo soy un nacionalista catalán–, estos conceptos son válidos. ¿Entiende lo que les quiero decir? “Nacional” quiere decir que, en un momento determinado, el interés del conjunto del país, de la nación, del Estado, de lo que ustedes quieran, es formar un país –España, en este caso– y tomarlo en consideración como un factor muy determinante y muy prioritario. Y “patriótico” quiere decir lo mismo.

Yo he pertenecido a esta clase política, aunque ya no pertenezco a ella por dos motivos: primero, porque estoy retirado de la política, pero eso es accidental; segundo, porque me siento expulsado. A partir del momento que me dicen: *«Oiga, ¿usted dice que hay que revisar la financiación?»* Sí. *«Oiga, sepa de entrada que la solidaridad*

solo se practica con los bienes ajenos». Yo si me siento a jugar a las cartas en una mesa, necesito que las cartas no estén marcadas. Si las cartas están marcadas y ustedes llevan cartas metidas ahí dentro, hacen discursos pero luego no hacen nada, entonces yo me retiro del juego. No me separo, pero jugaré a otra cosa con gente que ya me llamarán cuando sea el caso. Y esto es serio. Lo que pasa es que, cuando hablo de estas cosas y alguien me pide: *«Usted tiene que ser responsable. ¿Usted votaría los presupuestos del Estado?»* Pues mire, yo no los votaría ahora, yo no pinto nada en mi partido, realmente no pinto nada y, por tanto, mi partido hará lo que crea conveniente, pero yo no tengo que responsabilizarme de esto, si sé que ustedes llevan las cartas marcadas. *« ¡Hombre! ¡Pero la responsabilidad!»* Entonces es cuando me indigno, cosa que no haré ahora. *« ¿Usted me habla de responsabilidad a mí?»*

Cataluña ha hecho mucho para la gobernabilidad española, para la continuidad de la acción restauradora de la democracia y del progreso económico español y del cambio social, y para la continuidad de la gobernabilidad. Ha hecho como el que más. ¿A mí me tienen que hablar de responsabilidad?

Cuando Felipe González iba por ahí, y nosotros le dábamos apoyo para que pudiera hacerlo, porque no tenía mayoría, pidiendo que se establecieran los Fondos de Cohesión, aquí había alguien que decía: *« ¡Qué vergüenza! ¡El presidente del Gobierno español haciendo de pedigüeño!»* Y había alguien que, en realidad, teóricamente tenía mucha menos responsabilidad en todos los sentidos, que daba apoyo a costa de un gran coste electoral, por cierto. Por lo tanto, no aceptaremos en Cataluña críticas de este tipo. No las aceptaremos. Yo creo que no las aceptará el conjunto del país.

Dicho esto, y para terminar, el libro me parece que sirve para entender incluso mi alegato. Pero, de todas formas, lean el libro y no se queden con

el alegato, porque lo bueno es el libro. Juliana es un personaje muy particular, de una gran calidad. Vallespín lo ha dicho: Juliana escribe muy bien y de una forma distinta. Y, para que te fijas en alguien, tiene que hacer las cosas tan bien como otros, pero un poco distinto. Y es lo que hace Juliana.

Por tanto, ustedes ahora olvidense de mi discurso y de mi expansión –que, bueno, de todas formas es un discurso serio, porque he dicho cosas serias y tampoco con ánimo de agradar a nadie. Nunca he sido muy partidario de agradar a la gente, y menos ahora que ya no me va a votar nadie nunca más. Pero, de verdad, si quieren entender esto, ustedes lean el libro de Juliana.

Y nada más, muchas gracias.

Jordi Pujol, director adjunt i delegat de La Vanguardia a Madrid
Càtedra Lideratge i Governança Democràtica d'ESADE

E



J. Pujol

A. Castells

ESADE

COLOQUIO



Ángel Castiñeira

Tenemos entre nosotros a gente que valoramos mucho, como el amigo Javier Elzo, que ha venido desde fuera. Javier, si quieres intervenir, vamos a darte también este privilegio.

Javier Elzo

Es difícil decir que no, claro. Muchas gracias, Ángel. He leído el libro de Enric Juliana con mucha atención. Lo leí antes de que me hubieran invitado, o sea, no es que lo haya leído ahora porque tenía que estar hoy aquí.

Yo estoy de acuerdo con el 90% o más, y no voy a decir con qué no estoy de acuerdo. Solamente un comentario. Hay que decir que la geografía ha sido importante, incluso hace cinco años y hace un año.

No es que de pronto la geografía haya empezado a ser importante a partir de la crisis. Las encuestas europeas de valores que llevamos realizando desde el año 1981, y cuya cuarta edición se ha llevado al Ministerio de Educación y Ciencia español hace dos días, muestra claramente que los sentimientos de pertenencia –estoy hablado de 1981 a 2008– de los españoles han ido claramente en aumento en pleno período de globalización; ha aumentado el sentimiento de pertenencia a la localidad en la que viven, también hacia la región o la autonomía, pero aquí los datos varían muchísimo en función de qué regiones y autonomías estamos hablando, al tiempo que desciende claramente el sentimiento de pertenencia a España.

Los españoles nunca se han sentido europeos: solamente hay un 2% que se consideran pertenecientes a Europa en primer lugar, y no aumenta el sentimiento de pertenencia al mundo



entero hasta ahora precisamente. Luego, la geografía sí que influye, y yo creo que es un aspecto que no podemos en absoluto dejar de tener en cuenta.

Me ha parecido muy importante, al final, el aspecto sobre el federalismo y la solución federalista que ofrece Juliana, que hago mía. Yo creo que, al final, o buscamos una solución de ese tipo o vamos a estar durante mucho tiempo con el tema “territorial” constantemente a cuestas en España.

Diría más cosas, pero una cosa más y me callo, para que otros puedan intervenir; si no, esto va a ser una conferencia.

Se ha hablado un poco de las élites, por un lado, y de la sociedad, por otro. Yo, si alguna cosa le diría a Juliana, es que ha hablado más de las élites que de la sociedad, a pesar de que dice que intenta hablar de todo. Ha dicho, en algún momento, —y también

lo dice en el libro— que daría la impresión de que las élites van por un lado y la sociedad va por el otro. Yo, en esto, haría dos acotaciones. La primera es que la sociedad no existe como un todo, y esto hay que tenerlo en cuenta cuando uno hace análisis de sistemas de valores y comportamientos, de actitudes fundamentales en la sociedad española —que es a lo que nos dedicamos cuando hacemos encuestas de valores.

Por ejemplo, yo este año presento una tipología de españoles —que no voy a desarrollar aquí ahora, porque me llevaría muy lejos—, y en ella constato que hay —y eso es un punto negativo— un 18% de españoles que son realmente el motor de España y los demás, de una forma u otra, van a expensas de esa rueda, y algunos incluso son una rémora. Por ello, creo que necesitamos hacer análisis finos sobre cómo funciona la sociedad, sin hacer esa especie de “polarización”, como si

las elites políticas y económicas fueran un todo. Pues ahí sí que se distingue que no son un todo; cuando se distingue, por ejemplo, entre el Partido Popular y el Partido Socialista, la Iglesia en sus peleas con la Iglesia socialista, etcétera. Pero la sociedad tampoco es solidaria, ni mucho menos. A ello se ha referido el *President* Pujol y creo que tú también, Fernando, te has referido a esta idea de una sociedad hedonista y que busca la seguridad.

Yo creo que éste es un rasgo fundamental de la sociedad española, considerada en su conjunto. Esta sociedad se caracteriza básicamente por ser de un hedonismo que prácticamente no existe en toda Europa. Es decir, los saltos que ha habido en España desde 1981 hasta ahora entre lo que es, por ejemplo, la justificación de la homosexualidad, no tiene parangón. Ahora estamos prácticamente pisando los talones a Holanda.

España es, pues, un país que exige constantemente una liberalización de costumbres, de hacer lo que me apetezca en cada momento sin que nadie me pida cuentas. En mi vida privada, que nadie me diga nada: yo puedo hacer lo que quiera. Y ahí tenemos el divorcio exprés, el aborto exprés y la píldora del día después exprés. Son algunos ejemplos, pero hay mucho más que eso. Juntamente con eso, viene la otra parte de la balanza: un Estado fuerte. Y este Estado fuerte es anterior a la crisis. Cuando tengamos el estudio catalán y podamos compararlo con los datos de Cataluña de 2008, veremos hasta qué punto existe esta demanda de un Estado fuerte, de situaciones fuertes, de agencias de protección detrás nuestro que nos saquen las castañas del fuego.

Esta es una característica que, para mí, es el eje fundamental que atraviesa gran parte de la sociedad española, considerada en su conjunto. Hedonismo, liberalismo de costumbres («*déjeme hacer lo que yo quiera en mi vida privada*»), y detrás, unas instituciones, un

Estado, una administración que me saque las castañas del fuego («*déjenme ustedes que tome toda la droga que yo quiera, que es un derecho mío, eso sí, tengan a punto un servicio de ambulancias, un servicio de hospitales, un servicio de atención al toxicómano*»).

Àngel Castiñeira

Gracias, Javier. Un añadido breve: la encuesta catalana de valores que se complementará con la que se ha realizado en España y con la del País Vasco la está haciendo la *Càtedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática* de ESADE con la Fundación Lluís Carulla y se termina ahora, con casi un año de diferencia con relación a la española. Va a ser muy interesante, porque la catalana se va a hacer justo en el núcleo de la crisis económica y se va a poder contrastar con la del resto de España y ver si hay cambio o no de valores motivado, precisamente, por la crisis.

Pregunta asistente

Buenas tardes y muchas gracias. Su intervención me ha parecido francamente estimulante. Mi pregunta es si creen que el término *eje mediterráneo* va a tener más éxito que el de “*Països Catalans*” en términos de unir el territorio.

Enric Juliana

Yo no soy la persona más adecuada para hablar de esto; creo que el *President* sabe el triple de esto, bueno, cinco veces más que yo— es un concepto que no se inventa ni en los años sesenta ni en los años setenta. Yo creo que, posiblemente, ya aparezca a principios de siglo, en un momento en que, tanto en Cataluña como en Valencia, se produce cierta confluencia. Que después, en Valencia, eso también provoca unas discusiones internas muy fuertes. Hay un momento muy importante



en Valencia (que este año, precisamente, se está recordando, porque es el centenario) que es la Exposición de Valencia. Valencia organiza una gran exposición —y, en aquel momento, emerge, podríamos decir, el regionalismo valenciano. Y el regionalismo valenciano tiene, como suele pasar con todos los movimientos, digamos, expansivos, distintas tonalidades. Hay una tonalidad que parece que quiere acercarse más a Cataluña, no sólo desde el punto de vista económico, que era claro, sino desde el punto de vista cultural, lingüístico etcétera. Y de ahí es, probablemente, de donde, en aquellos momentos, surge la idea —que después se retomará en los años sesenta con tonalidades y evocaciones de carácter diverso, más de carácter marxista— de vincular el socialismo o la liberación nacional a la idea de “Países Catalanes”. Yo creo que la idea de “Países Catalanes”, pues, en Catalunya, ha tenido una traducción emotiva muy fuerte, que yo quisiera

abstenerme de discutir en público, porque no tengo ganas de ofender a nadie. Soy consciente de que, para muchas personas, tiene un valor sentimental e, incluso, para muchos jóvenes que se han iniciado en su socialización política a través de conceptos como estos, y que no me parece lo más pertinente, ahora, decirles: “¡Oigan, olvidense de esto! Esto es una tontería”. Yo creo que, como concepto político, es inoperante, pero, posiblemente, lo más interesante o lo más estimulante en estos momentos no sea tanto ponernos a discutir sobre conceptos y, sobre todo, sobre sentimientos, sino intentar ampliar nuestra visión de las cosas. Pero no con temas alternativos. Hoy he hablado con el profesor Boira, geógrafo y valenciano, y me ha dicho una cosa que me ha llamado la atención. Dice: “La situación ahora está delante de un nuevo giro”. Dice: “En la A.V.E.” —“A.V.E.” es la Asociación Valenciana de Empresarios; dice— “ya se está empezando a hablar de la Eurorregión”



—que es una cosa de la que los valencianos, hasta ahora, no querían ni oír hablar, por un problema sobre el cual nosotros no hemos sido lo suficientemente claros, porque ¿dónde está la capital de la Eurorregión? Porque la reacción del grupo dirigente valenciano es decir: “Oiga, esto de la Eurorregión, quizás sí. Pero oiga, si esto a usted le tiene que servir para que ustedes, desde Barcelona, lo controlen todo, entonces no”. Bueno, pues esto hay que saber plantearlo. Como también hay que saber plantearlo a los aragoneses y a los baleares. Y si algún día surgiera la posibilidad de establecer unos vínculos económicos todavía más potentes y más fuertes con el sur de Francia, con mucho más motivo. Son cuestiones que hay que plantear. Él hoy me decía: “No, no. Es que ya se están planteando eso”. ¿Por qué? Bueno, pues por una razón obvia: porque la situación de la economía es la que es. Eso, a corto plazo, no resuelve absolutamente nada, pero toda sociedad,

cuando tiene un mínimo de articulación política, ideológica y cultural —y es evidente que el Estado de las autonomías, con todos sus defectos, lo que ha hecho es dotar de una determinada articulación de carácter regional, entre comillas, a territorios que jamás lo habían tenido— obliga a los grupos políticos a pensar continuamente en el futuro y a dibujar perspectivas de futuro. Y lo que está claro es que hoy, en Valencia, cualquier persona con un mínimo de sentido común —ya sea de derechas, de izquierdas o de centro— lo que ve es que o se espabilan o la situación será muy complicada, porque el monocultivo del ladrillo se ha acabado. Y puede que se haya acabado por un largo período de tiempo. Sobre este aspecto, creo que, desde Cataluña, tenemos que ser mucho menos preventivos de lo que hemos sido, precisamente porque los valencianos son gente muy espabilada. Los valencianos son, si se me permite, los italianos de España. Quienes están más cerca de

la manera de ser italiana, con todas sus virtudes y también con sus defectos, son, probablemente, los valencianos. Y los valencianos dicen: “Oye, tenemos que poner un tren que llegue al centro de Europa. Y si hay que pasar por Barcelona y eso significa que tenemos que ser algo más amigos de los catalanes, pues nos haremos más amigos de los catalanes.” Este es el planteamiento, no va más allá de esto. Entonces, a mí me parece que, desde un punto de vista político, sería un error extraordinario no saber aprovecharlo y no saber encontrar el lenguaje y las actitudes adecuadas desde Cataluña y el catalanismo político. Es una cuestión de, en fin, de saber encontrarle el punto.

Jordi Pujol

A mí, me gustaría hacer un comentario sobre esto que ha preguntado usted. Porque, claro está, yo he sido President de Cataluña durante veintitrés años y lo que tengo que decirle es que no solamente a partir del año ochenta, que es cuando yo me convertí en presidente, sino ya antes, en el momento de la constitución, por ejemplo, en los años setenta, setenta y cinco, ochenta, —aunque entonces había cierta efervescencia en Cataluña (pero en ciertos aspectos tanto o más en Valencia que aquí, por lo menos desde el punto de vista intelectual). Pues esta idea de “Países Catalanes” yo, personalmente, tengo que decir que procuré quedar al margen del aspecto político de esta cuestión. Quiero decir, el País Valenciano es el País Valenciano, y Cataluña, Cataluña, y bueno, buena relación sí podía ser, pero sin una imbricación especial, ¿no? Eso es lo que intentamos hacer. Ahora bien, lo que sí intentamos defender siempre, en cambio —y yo, personalmente, definiendo tanto como puedo—, es el tema de la unidad lingüística y el tema del parentesco o de una proximidad muy importante y muy profunda de carácter cultural. Primero, porque, claro, para una lengua, cualquier lengua, que le digan que le amputan, pues, una parte importante de su población, pues

es muy difícil. Para ellos, todavía lo es más, porque ellos lo tienen más difícil que nosotros. Quiero decir, Francesc Mira, un gran escritor y un gran novelista y un gran ensayista, con el cual fui a comer precisamente anteayer, dice una cosa: “En Valencia, los periódicos y las radios nunca hablan de mí”. Hombre sí, algo deben de hablar, en fin, alguna publicación... la revista *El Temps* y alguna cosa más, pero si no, no hablan de él. En cualquier caso, él tiene que confiar en el mercado catalán.

En esto, sí fuimos intransigentes. Tan intransigentes, que recuerdo que un día había una votación en el Congreso de los Diputados (yo entonces ya era President de la Generalitat) y se quería decidir no sé qué sobre la lengua, que nosotros, pues, defendíamos que no queríamos que se votara... Nosotros —con “*nosotros*” me refiero a *Convergència i Unió*— votábamos en contra de esta propuesta. Y me vino a ver Abril Martorell (que entonces era un hombre muy importante, el colaborador más directo de Suárez) y me dijo: “Oye, es absolutamente necesario que eso se haga, porque todo lo que pueda oler a cierta relación con Cataluña, pues, tendría unas consecuencias muy negativas en el País Valenciano”. Un hombre muy notable (que ahora la mayoría de gente joven que hay aquí no recordará quién era, pero que, en realidad, fue un hombre que tuvo su peso político —a nivel valenciano, evidentemente, y a nivel catalán—), o como un hombre que después, más tarde, fue asesinado (y no por cuestiones lingüísticas ni catalanistas), como Brosseta. Recuerdo una conversación mía, entre Melià, Brosseta y yo, en la que Brosseta defendía que no había unidad de la lengua y le dije: “Oye, Brosseta: Melià, tú y yo —un mallorquín, un valenciano y un catalán— estamos hablando desde hace un rato. ¿Tú hablas en tu lengua?” Sí. Muy bien. Yo, en la mía, y éste, en la suya. Oye, quiero decir... Bueno, ya ves que es la misma, ¿no?” Bien, pues eso sí lo hicimos, pero en el terreno político, no.

En cambio, en el terreno económico, sí que lo intentamos. Ahora bien, con poco éxito también, porque llegó un momento en el que hubo tanta reticencia, que este tema tan evidente y tan claro de la fachada mediterránea, que ya hacía mucho tiempo... Yo siempre hago referencia al geógrafo, ya que hablamos de geografía, Pierre Deffontaines, por ejemplo, que hizo un gran estudio sobre la fachada mediterránea española. ¡O el Banco Mundial! El Banco Mundial lo definió así, quiero decir... “Usted, señor Franco” —en mil novecientos cincuenta y ocho— “¿usted quiere que el país vaya adelante? Usted, lo primero que tiene que hacer es una autopista que vaya de la frontera francesa a Barcelona o Valencia, y a Madrid, evidentemente, también”. Bueno, pero eso fue ignorado totalmente hasta ahora mismo. Hasta el punto de que ahora nos encontramos con que tenemos un TGV que llega a Valencia, y llegará a Castellón, y allí termina en un campo de coles. Y el otro TGV llega hasta Tarragona y entonces hace un giro deprisa, evitando la tentación de ir hacia abajo. Bueno, eso es una absurdidad. Pero es que además hay otra cosa. Y es que en la línea normal, entre Castellón y Tarragona, hay un centenar de kilómetros que son de vía sencilla, no son de vía doble. Y luego hay otra cosa, que eso no es casual: el mismo Ruíz-Gallardón, una vez, hizo un discurso diciendo: “No importa que llegue tarde el tren de gran velocidad que une Valencia con Barcelona. No importa, eso ya va bien”. Porque, claro, el planteamiento centralista, madrileño, y el planteamiento de muchos valencianos es que Valencia tenía que ir adelante a base de convertirse en el puerto de Madrid —que ya lo es. Y lógicamente tiene que serlo. Nosotros también lo podemos ser, pero Valencia, por lógica, lo tiene que ser. Y luego, aparte de convertirse en el puerto de Madrid, pues, tiene importantes bases económicas, turismo y, en un determinado momento, se dejó tentar más que nadie por la inmobiliaria.

Por cierto, y dicho así de pasada: hubo dos personas que nos resolvieron el problema de la

unidad lingüística. Uno fue Joan Rigol. A Rigol, le dije: “Oye, Rigol”, y le conté la anécdota, una historia que ahora explicaré, “con la de cosas que negociamos con Aznar en el año mil novecientos noventa y seis, estas cosas tan tremendamente pecaminosas, según explicarán que, entre otras cosas, significaban, pues, mejorar el financiamiento, el servicio militar obligatorio etcétera, etcétera, y, además, pues”, le digo, “hay una”, digo, “pero esto no lo podemos poner sobre papel” —aquél célebre documento del *Majestic*— “que es que tiene que haber un reconocimiento de la unidad lingüística del valenciano y del catalán. Entrevistaros con Zaplana”. Un día, fue a ver a Zaplana en secreto, en una masía que hay junto a Reus, *Mas Carbó*, y allí se decidió un proyecto, un plan que yo encargué a Rigol, que le desconcertó, que fue muy largo y enrevesado —y no siempre por culpa, digamos, del PP, a veces también por culpa de cierto radicalismo de algún sector valenciano— y al final, claro... Es decir, hoy ya está reconocida la unidad lingüística, tanto desde un punto de vista académico, que eso siempre lo ha estado, como desde el punto de vista político. En Valencia también lo ven claro, entre otras cosas, porque un buen día les dijeron: “Oigan, si quieren que la industria se mantenga aquí, tendremos que poder exportar a Europa. Y para poder exportar a Europa no lo podemos hacer con trenes de carga de esos que se paran en cada estación. Podemos construir una buena autopista y tenemos que tener un buen tren”. Bueno, perdonen. Es para acabar de completar.

Pregunta asistente

Buenas tardes, señor Juliana. Le quería decir que he leído su libro y que me ha gustado. En unas páginas sobre el tema de Cataluña, usted habla de un movimiento reivindicativo... No me atrevería a decir independentista, pero sí que hay un núcleo que se está formando en Cataluña y del que usted da testimonio. Para mí, estas páginas



en las que usted habla de eso fueron alentadoras. Pero, por otro lado, el pasado domingo leí unas declaraciones del filósofo catalán, Josep-Maria Terricabras, en el diario AVUI, en las que venía a concluir que estábamos muy y muy anestesiados. Me gustaría saber su opinión —no la opinión que se pueda tener de nosotros desde Madrid, sino la suya en particular— desde el punto de vista de un observador, como usted, de la política y de la realidad de este país. ¿Usted cree que estamos tan anestesiados como dice el profesor Terricabras?

Enric Juliana

Creo que, en España, lo que ha pasado es que muchos factores del crecimiento económico español han venido derivados primero de una constante que empieza en los años sesenta, que es el turismo, un factor de producción que no existía

en España, que era prácticamente desconocido o residualmente conocido, y que se ha convertido en un factor que si ahora, a día de hoy, nos dijeran que el año que viene no vendrá ningún turista, nos quedamos todos inmediatamente helados. Y, en segundo lugar, de la revalorización del suelo.

Eso es así. Por tanto, en este contexto, lo que se ha producido es una alegría —lo hemos estado comentando antes—, cierta frivolidad, probablemente, y, sobre todo, una pérdida de sensación del límite. Pongo un ejemplo, y creo que en estos momentos es pertinente: ayer se hizo público el nuevo modelo de financiación autonómica (que acarreará una extraordinaria discusión) y estoy seguro que esta vez no habrá la ola de agresividad hacia Cataluña que se produjo en otoño del año 2005, cuando se presentó el *Estatut* en el Congreso de los Diputados. Con propiedad y desde una cierta

lógica, tendría que haberla, y no sólo tendría que haberla, sino que tendría que ser más intensa, porque el *Estatut*, en definitiva, era el enunciado de intenciones. Y el nuevo modelo de financiación es, con más o menos pertinencia, con más o menos virtud, con más o menos realidad, la derivación, la concreción práctica del *Estatut*. Desde aquí, se puede decir: “No, oiga, esto no es exactamente lo que dice el *Estatut*, aquí se ha hecho un poco de trampa”, pero si ustedes van hoy a Madrid a discutir eso, les van a decir totalmente el contrario. Ahora bien, la ola de agresividad será inferior. Y ¿por qué será inferior? Pues porque ahora no conviene. ¿Y por qué no conviene? Pues porque los que la lanzaron hace tres o cuatro años, algunos, han sido desplazados, ya no tienen la función de agitación que en aquellos momentos tenían en sus manos, porque la política va moviéndose... Por ejemplo, ha pasado algo importante: que la Iglesia Católica ha tenido que renunciar un poco a la intensidad de la agitación política, porque era insostenible. Pero insostenible incluso para la propia estructura que dirige la propia Iglesia Católica. Ya saben perfectamente de qué les hablo. Bien, pues, pero no conviene, porque en estos momentos, el Partido Popular, por ejemplo, tiene la idea de que si quiere recuperar el gobierno de España, lo tiene que hacer no sobre la base de generar una ola de anti catalanismo, sino de tener una mayor ductilidad. Por tanto, como no conviene, no será. Habrá comentarios, habrá portadas en los periódicos, etcétera. Eso no será un asunto dulce, es evidente. Pero no será lo del año 2005. Aquí se han utilizado conceptos muy candentes que han afectado no sólo a los propios sentimientos, sentimientos profundos. Y eso ha tenido una consecuencia muy fuerte en Cataluña, y eso muchos españoles lo ignoran, y lo ignoran de manera radical. Y eso enlaza con la pregunta sobre la cuestión de la independencia. Efectivamente, yo creo que el sentimiento independentista que ha nacido en Cataluña está en las encuestas y es palpable,

se detecta. Yo creo que el independentismo en Cataluña es una actitud hoy. Es una manera de manifestarse delante de una situación. Es una actitud que considera que todo esto no tiene solución, que no le ve solución alguna. Podría ser también una sublimación de un estado de ánimo de mosqueo. Podría serlo. Ahora bien, toda actitud y todo estado de ánimo, cuando quiere traducirse en acción política, ha de saber hacerlo. Y entonces, sobre eso, yo tengo razonables dudas.

Yo veo una cuestión, que indico en el libro de una manera muy como sin querer. Es la siguiente: las clases medias de Cataluña están muy convencidas de ser las protagonistas de la vida social. Y lo quieren ser. Y por eso, existe el catalanismo. El catalanismo, sustantivamente, existe por esa razón. Y seguirá existiendo por esa razón. Se haga o no el programa de financiación, seguirá existiendo. Haya o no haya sentencia sobre el *Estatut*, seguirá existiendo. Porque existe, porque nace de esa voluntad. Pero atención a una cosa: el mundo se está moviendo en muchas direcciones a la vez y aquello que no está escrito, que los sectores sociales que en Cataluña, hasta ahora, han aceptado el catalanismo como marco general de las cosas, en un momento dado, esta aceptación pueda empezar a agrietarse. Ya se ha intentado; con esto no estoy descubriendo nada nuevo. Pero podría volverse a intentar. Pero además, esta grieta se podría producir por otras vías que no han de ser necesariamente de orden político. Por ejemplo, por la vía de la desafección interna, por la vía de la indiferencia.

La cuestión italiana —y ahora sí que prometo finalmente terminar— que llama tanto la atención de nuestros izquierdistas de oficio: “¿Cómo es posible, cómo es posible?” Efectivamente, todo aquello que pasa es posible. Pero además, es posible, porque se sustenta en una cuestión, a mi juicio, nueva, que es la indiferencia. Es la indiferencia. Mucha gente que vota a Berlusconi



ya sabe cómo es Berlusconi, no hace falta que se lo cuenten los telediarios, ya es sabido. ¡Pero les da exactamente lo mismo! ¿Por qué? Pues porque ha llegado a una conclusión negativa sobre la vieja política y cree que éste, con todos sus defectos...

Un comentario frecuente en Italia: “¡Éste, por lo menos, decide algo!” La cuestión de decidir, en un país en el que todo tiende a bloquearse, acaba convirtiéndose en algo importante. El mero hecho de decidir o de transmitir la vibración de que decides. Por ejemplo: él ha tenido un gran éxito con la reunión del G8. ¿Por qué? Porque ha transmitido una sensación de practicidad. Ustedes dirán: “Oiga, ¡esto es muy banal!” Pues sí, es banal. Pero en una sociedad en la que se llega a un punto en que nada funciona o que la gente tiene la sensación de que todo tiende a bloquearse, eso acaba adquiriendo una connotación positiva. Además, si a este señor le gustan las mujeres y se

las lleva a su palacio de Roma, pues, a la mayoría de la gente... ¡Que haga lo que quiera!

Así, pues, uno de los riesgos que hay para el catalanismo, a mi juicio, no es que aparezcan aquí los “*Ciudadans* barra tres”, sino que es la aparición de una sociedad que tiende a cierto bloqueo de orden político, de orden práctico y también de orden ideológico. Y eso, los radares de la política convencional, cuando lo detectan, ya es demasiado tarde.

Pregunta asistente

Buenas tardes. Estando, como estamos, en un centro de educación, se aludió antes a la geografía y a un montón de factores. Yo quisiera hablar de educación, al hilo de muchas de las cosas que los diferentes ponentes han ido mencionando.



Mi reflexión es la siguiente. Por una parte, se hablaba de una realidad caleidoscópica –me parece que era usted mismo, al principio, en la introducción. ¿Qué pasa con la educación como posible elemento vertebrador, no de un pensamiento único, sino como un elemento impulsor? ¿Qué ocurre con la educación como política social realmente efectiva?

El señor Vallespín hablaba de España como un ente integrador de esas diferentes sensibilidades. ¿No podría ser la educación ese vehículo de integración? El señor Vallespín hablaba también de las *frames* y cómo nos van llevando o pretenden llevar a los ciudadanos desde el poder político; una buena educación, gente inteligente, gente con criterio evitaría eso. ¿Cómo vamos a hacer líderes si la educación cada vez va más hacia abajo y cada vez se fomenta más, en la derecha o en la izquierda, el pensamiento único?

Un país educado es un país donde hay una menor tentación de comportarse como nuevos ricos, como han mencionado tanto el señor Vallespín, como el señor Pujol, como el señor Juliana. Una persona educada tiene menos tentación de ser egoísta, tiene menos tentación de tener el orgullo al que aludía el señor Pujol, y tiene más sentido de la medida que mencionaba, desde mi punto de vista muy acertadamente, el señor Pujol.

En España, hubo una filosofía, hace ya mucho tiempo, que era el krausismo, que decía: hagamos un mundo nuevo haciendo un hombre nuevo. ¿Qué sucede con la educación en este país?

Fernando Vallespín

Yo creo que todas las preguntas y observaciones son muy interesantes.

En cuanto al tema de la globalización, está claro que es “glocalización”, o sea, la contracción entre lo global y lo local. Es ése el auténtico movimiento, saber de lo local, muchas veces incluso reduciendo el sentido de lo local.

Luego, en cuanto al tema del hedonismo, me gustaría vincularlo al de la educación porque, en última instancia, hay algo que me parece que conecta. España ha producido un desarrollo de la individualización bajo el paradigma católico, el catolicismo difuso, que equivale a decir: «*Nos hemos individualizado de forma irresponsable*». Creo que uno de los problemas de la sociedad española es, precisamente, la irresponsabilidad; por eso necesitamos tener detrás la ambulancia del SAMUR, porque no nos responsabilizamos ni siquiera de nuestras propias borracheras. Por eso queremos tener también la píldora del día después, porque no asumimos la responsabilidad de nuestros propios actos sexuales, y, así, sucesivamente. Me parece que éste es el valor que ha sufrido un mayor desprestigio en nuestra sociedad a lo largo de los tres últimos lustros: la *responsabilidad*. Es decir, la gente pensaba que liberad no implicaba responsabilidad, cuando precisamente para poder ser libre hay que ser responsable de la libertad que uno ejerce.

¿Por qué conecto esto con el tema de la educación? Porque hemos hecho un discurso de la educación donde se excluía la responsabilidad del niño, de la familia, incluso de los propios docentes. Nadie parecía ni parece responsabilizarse por la educación de los niños; he aquí la responsabilidad difusa. ¿A quién imputar la responsabilidad porque el sistema no funciona? Pues, realmente, los profesores dicen: «*No, no puedo, son salvajes*». *Los padres dicen: «Oiga, que para eso les pagamos. ¡Son ustedes los responsables de los hijos!»* Los niños dicen: «*No, no. A mí, como nadie me dice nada, pues yo también hago lo que me da la gana*». Por tanto, no hay disciplina; se ha anulado prácticamente el principio del mérito y, claro, el

código del sistema educativo obviamente es el mérito: no se puede democratizar la educación. Es una contradicción en los términos. La democracia tiene que ver con otras cosas. El sistema educativo exige filtros, relacionados con la puesta a prueba de las capacidades de cada uno de los que pasan por el proceso educativo. ¿Qué es eso que se pueda repetir de una manera indefinida curso? Aquí hemos mezclado una cosa con la otra.

Ahora, también tengo que decir que, precisamente por esto, me parece que el problema de la educación en España no es imputable solo al sistema educativo ni al sistema político. Creo que es una responsabilidad general de toda la sociedad. España tiene el espacio público más banalizado de Europa, probablemente después de Italia, gracias a Berlusconi.

Uno enciende la televisión y el niño no encuentra ni un solo incentivo para su propio desarrollo intelectual, sino que inmediatamente se halla inmerso en la vorágine de convertirse en un consumidor patológico de estímulos que le van dando y que son radicalmente contrarios a lo que antes, desde la vieja educación humanística, considerábamos siempre que formaba parte del patrimonio de la educación, en el sentido incluso griego de la *paideia*.

Por tanto, yo creo que nos hemos desresponsabilizado todos de la educación, y ahí sí que deberíamos tomar conciencia de que no hay mejora educativa hasta que no volvamos a incorporar, de nuevo, ese viejo principio, que yo creo que es más protestante que católico, de la responsabilidad individual, en todos y cada uno de nuestros niveles.

Pregunta asistente

Buenas tardes. En primer lugar, quisiera expresar la mayor de mis admiraciones al señor Pujol,



que creo que siempre ha sido una persona que ha trabajado para España. Creo que ha sido una persona que, a lo largo de los años, ha demostrado claramente que trabajando desde Cataluña se puede remar para España. Y mi pregunta es un poco al hilo de lo que se ha hablado. En este caso, yo le quiero hablar de Zamora o de Salamanca, que es de donde soy. He vivido en Salamanca, he vivido en Madrid, he vivido en Barcelona, he vivido en el extranjero y, bueno, me gustaría saber cuál es su opinión a que en 1987 en Cataluña hubiera muchas autopistas, bien es cierto que de peaje, y en Salamanca el primer kilómetro de autovía es del año 2005. ¿Cómo puede desarrollarse el oeste español cuando no tenemos ninguna infraestructura? Bien es cierto que Cataluña tiene su déficit y que Cataluña tiene sus necesidades, pero habría que buscar alguna forma de que no toda la infraestructura fuera siempre al eje mediterráneo. El eje oeste siempre ha estado dejado de la mano de Dios y de todos los

gobernantes, desde hace cien o doscientos años. Me gustaría saber cuál es su opinión para el desarrollo del eje del oeste.

Jordi Pujol

El tema de la educación realmente no ha funcionado bien, pero quizás tampoco tan mal como se dice. Pero, en fin, de todas formas, no ha funcionado. Lo que pasó es que se pasó de un sistema muy autoritario, muy memorista, etc. al extremo opuesto. Y esto no ha funcionado.

En España, tenemos un personaje –tenemos muchos, pero yo personalmente voy a citar a uno–, que es José Antonio Marina.

Acaba de publicar un libro, que me envió anteayer y, por tanto no he leído, que lleva un título algo

así como “*La nostalgia de la autoridad*”. Y él, por ejemplo, dice lo siguiente: «*Desde hace treinta o cuarenta años, en toda la literatura pedagógica española no aparece nunca la palabra voluntad*». Porque esto es “*autoritario*”, etc. Solo aparece la palabra *motivación*: el niño tiene que estar motivado. Y es verdad que, si uno está motivado, hace las cosas mejor. Pero también es verdad que, para sentirse uno motivado, muchas veces tiene que hacer un esfuerzo previo para empezar a desentrañar un poco el interés de lo que sea. El músico llega a estar muy contento tocando el violín bien, pero el primer día que le ponen un violín, y el segundo y el tercero y los primeros seis meses, en realidad tocar el violín le resulta un tormento. Pues Marina dice esto.

Y es que en España -y en Cataluña más- se ha instaurado un pensamiento único y hegemónico en el terreno de la enseñanza que es muy permisivo, muy espontaneísta: la escuela no tiene que transmitir conocimientos, sino que tiene que hacer que el niño descubra los conocimientos. Y ésta ha sido una ilusión errónea, lo cual no quiere decir que tenga que volverse al tono autoritario que tenía la enseñanza antiguamente.

De modo que podemos decir que «*la LOGSE no ha ido bien*». Y eso lo dice alguien que votó la LOGSE: yo no la voté porque no era diputado, pero hice votar a mi partido. Y no solamente esto, sino que, concretamente, la Generalitat de Catalunya hizo una serie de estudios previos de tipo experimental sobre la LOGSE. ¡Atención! Eso de los experimentos es muy peligroso porque, claro, la idea de la LOGSE aplicada a unos cuantos niños más o menos selectos, de familias bien constituidas, que eran pocos y con unos maestros que eran los mejores maestros, pues salía bien. Pero luego cada septiembre lo aplicas a millones de niños y no va bien. La LOGSE no ha ido bien, y se lo dice alguien que también la votó.

En ese sentido, quiero darles una muy buena noticia, que demuestra algo positivo en Cataluña. Pasado mañana, en el Parlament de Catalunya, se va a votar una nueva Ley de educación, que es el resultado, fundamentalmente, de la colaboración entre el Partido Socialista en el Gobierno y Convergència i Unió en la oposición. Luego, al final, se ha sumado Esquerra Republicana. Iniciativa per Catalunya Verds evidentemente van a votar en contra. Y el Partido Popular no sé lo que va a hacer, pero va a jugar un poco su propio juego.

En enero del año pasado, el consejero Maragall hizo un discurso en el que a Artur Mas le pareció entender que había un cambio en lo que tradicionalmente había sido la posición oficial del Partido Socialista. Mas dijo: «*Oiga, presidente Montilla, si las cosas van como me parece entender del discurso de Maragall, cuente con nosotros para negociarlo*». Y ahora vamos a hacer una ley bastante sensata, que no dice, por ejemplo, que no tiene que haber exámenes, que no tiene que haber directores, todo eso no lo dice la ley.

Luego, usted tiene razón en una cosa. Pero le daría la razón en los años cincuenta, en que usted todavía no había nacido, y yo ya había detectado esto. Porque, cuando yo digo que iba a Extremadura y a Andalucía, también iba a Zamora. Porque yo conozco Zamora. Iba expresamente a Zamora -y hay poca gente que vaya expresamente a Zamora. El problema de Zamora, que está en aquel rincón, es que es muy pobre y, además, que es colindante con otro rincón portugués muy pobre. Tras los montes, toda la zona portuguesa es más pobre todavía. Por tanto, comprenda usted que, si en los años cincuenta y sesenta iba por esos sitios es porque ya me daba cuenta de esta cuestión y, por tanto, usted lleva razón. La gran olvidada de España no ha sido Andalucía, sino Extremadura. Aunque más olvidada ha sido Castilla, por lo menos en ciertos aspectos. Lo que pasa es que Castilla, el hombre castellano, se siente tan comprometido

(los grandes constructores de España han sido los castellanos), tan identificado con el país, que resulta que tiene un defecto, y es que se queja poco. El dueño de algo es el último que se queja, se queja poco, y ha pasado esto.

Ahora, en cambio, en lo que no puedo estar de acuerdo es en decir que «todas las inversiones se hacen en Cataluña», que «todo se lo llevan los catalanes». Falso, radicalmente falso, también en infraestructuras. Primero, en cuanto a estas infraestructuras, fíjese usted que en Cataluña es donde la gente paga las autopistas más que en ninguna otra parte. Esto ya viene de muy lejos, pero, claro, se hicieron porque se podía. ¿Cómo se podía pagar la de Madrid y la de Valencia y no se podía pagar la de Zamora? Entiendo su crítica. Pero, en realidad, en cuanto al déficit en infraestructuras, solo basta mirar los estudios sobre capital social y capital público del Banco de Bilbao, que los hacen desde el año 1958, para ver que ésa es una acusación realmente injusta y además inexacta.

Lo que pasa es que hay un tren de gran velocidad que va de Madrid a Valencia, correcto, bien. Que luego se prolonga hasta Castellón, bien. Y ahí se acaba: se para en un campo de patatas y punto. Hay un tren de gran velocidad –que, además, ha tardado dieciocho años más de lo que estaba planificado inicialmente–, que va de Madrid a Barcelona, pasando por Tarragona. Entonces, entre Tarragona y Castellón no hay tren de gran velocidad, no hay ancho de vía europea, incluso hay zonas en las que hay una vía única, no vía doble. Eso en la fachada mediterránea, que, si se quiere –y todo el mundo lo sabe– es geografía. Deffontaine, gran geógrafo francés, había dicho siempre que «una parte importante del futuro de España reside principalmente en su fachada mediterránea». Pues bueno, ahí resulta que pasan esas cosas.

Les recuerdo una vez más las declaraciones de Ruiz Gallardón: «No importa que llegue tarde

el tren de gran velocidad que une Valencia con Barcelona. No importa, eso ya va bien». Ruiz Gallardón, un hombre progresista y un hombre de ancha visión y generoso, y dice esto. Por tanto, estoy de acuerdo con usted con lo de Castilla. Yo creo que esto ha cambiado substancialmente, y es uno de los méritos de la España de los últimos treinta años, uno de los grandes méritos de equilibrio territorial. Ahora, en cuanto al otro tema, yo creo sinceramente que no.

Enric Juliana

Sólo respecto al tema del eje del Mediterráneo. Existe un estudio muy reciente, que se ha presentado esta semana –y me sabe mal no haber dispuesto de él cuando estaba escribiendo el libro del Banco Bilbao Vizcaya–, que ilustra con datos una secuencia de los últimos cien años y la progresión de la inversión pública en todo el arco mediterráneo, desde Almería hasta Girona. Y se observa cómo, pese a la apariencia efectivamente de una franja geográfica muy dinámica económicamente, las cifras de inversión pública en el arco mediterráneo son decrecientes.

La gran novedad del siglo XX en España, a efectos de geografía política y economía –y este estudio lo subraya muy bien–, es Madrid, el despegue extraordinario de Madrid, la transformación de Madrid, no sólo en una capital económica importante, sino en una gran capital económica europea. Ésta es la gran novedad del siglo XX. Esto es así y decirlo, a veces, es incluso un problema. Y ello nos remite un poco al cuadro ideológico y casi inventado español. El propio enunciado casi parece conllevar, en sí mismo, una cierta crítica, un cierto resquemor, pero ésta es la realidad.

Por tanto, creo que lo importante para mí en España es encontrar unos mecanismos de objetivación de los desencuentros, de las contradicciones, de las pugnas de interés que existen, mejores de los



que han existido hasta la fecha. Esto podríamos decir que es el federalismo, que yo cito en algunos pasajes del libro, como Javier Elzo ha subrayado. Ello equivale a decir: hoy, en España, proclamarse federalista es proclamarse ingenuo. La reverberación de la palabra *federalista* a España es de una ingenuidad extraordinaria e incluso puede sugerir un cierto grado de insensatez, porque, efectivamente, las *frames* no se las inventó George Lakoff, sino que ya vienen de antiguo. Uno de las *frames* más potentes que han operado en la política española y en la mentalidad española es aquella que dice «¡Viva Cartagena!», que no creo que fuese promovida por los republicanos federales del siglo XIX, sino por quienes lograron cercenar aquel experimento, seguramente caótico y mal gestionado, quizás imposible en términos históricos en aquel momento. Pero el « ¡Viva Cartagena! » ha quedado impreso en la mentalidad española y es una de

las *frames* realmente potentes, sin necesidad de que los neurolingüistas en aquel momento operasen como estrategias políticas.

Por tanto, hablar hoy de federalismo es casi ingenuo y, además, efectivamente, desde distintos ángulos. En Cataluña, es recurrente un argumento: el nacionalismo catalán no es muy partidario del federalismo porque entiende que, de alguna manera, podría establecer una homogeneización que, en cierto modo, podría despersonalizar la singularidad catalana. Esto nos llevaría a una discusión ahora de mucho tiempo.

Pero, en Cataluña, muchas veces se argumenta lo siguiente: «*Oye, todo esto del federalismo es una insensatez; es algo inconsistente, porque en España no hay federalistas*». Lo cual es verdad: el federalismo como ideología –que incluso llegó a ser casi una pseudorreligión



civil en algún momento para algunos sectores politizados de la sociedad española– ha desaparecido, y eso es verdad.

Ahora bien, la paradoja que yo planteo –y lo planteo así un poco como una pincelada en el libro– es la siguiente: de la misma manera que en España no hay un gran fervor monárquico, pero sin embargo la monarquía es aceptada –y no parece que corra serios riesgos, a menos que se cometan insensateces desde la institución– de la misma manera que éste es un país adherido a la monarquía por criterios prácticos, podría darse que llegáramos a una suerte de federalismo sin federalistas, que, posiblemente por todo lo histórico y por el imperativo del «*Viva Cartagena!*», ni siquiera adoptase o nunca llegará a adoptar ese nombre.

Ahora, lo que sí me parece necesario es que se creen mecanismos corrientes –no sólo en un

marco institucional, sino también desde el punto de vista del discurso público–, pulsiones que tiendan a hacer aflorar, de una forma más honesta, las contradicciones y la pugna de intereses que existen realmente en el país.

Para mí, cabe esta vía, con todas las incertidumbres que pueda plantear. Y la alternativa a esta vía es algo que yo creo que no debíamos descartar y que, si se produjese, sería profundamente negativo: el riesgo de cierto colapso español en los próximos años, un colapso que no es difícil de imaginar a partir de datos del presente como los siguientes.

En estos momentos, tenemos un Gobierno que, si hacemos una mínima proyección mental de los próximos dos años, no parece que vaya a ser capaz de imponer una clara hegemonía, una clara idea de conducción fuerte de la situación. Y, al mismo tiempo, tenemos una oposición que la



sociedad tampoco la imagina como la guía resuelta indiscutible de los problemas que se avecinan. Éste es el riesgo del colapso. Y aquí acabo, gracias.

Jordi Pujol

Bien, señoras y señores, yo, aparte de agradecerle a Juliana su presencia hoy aquí y la presentación, sobre todo quiero agradecerle los tres libros que ha escrito, que son, yo lo decía antes, una especie de crónica, una especie de gran crónica. No quiero decir que sea una *opera magna*, porque eso sería muy fuerte, pero no están nada mal, ¿no? Además, les recomiendo que se lean los tres. Aparte de eso, también quería agradecerle los artículos que hace. Además de darle las gracias por todas esas cosas, quiero insistir en algo: sus libros, lo que tienen, es una gran originalidad. Es decir, enfocan los problemas, plantean los temas a partir de nuevos

ángulos. Y ayudan a entender. No es aquello del déjà-vu, del “esto ya lo hemos leído, ya lo hemos visto”, no.

Por tanto, yo quisiera (no únicamente por amistad, sino porque creo que valen la pena para entender las cosas de una nueva manera), quisiera terminar solamente con un comentario sobre algo que antes usted ha dicho, Juliana. Usted dice que Cataluña es el país más democrático de España, cosa que me parece que es verdad. Eso va ligado a: “Muy democrático y entonces, pues, cada dos por tres, alguien coge una plataforma”... También está muy bien. Eso significa más democracia directa, más participación. Pero hay algo que debemos tener en cuenta: somos un país que andamos justitos de todo. Todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho con gran esfuerzo. Porque andamos justitos. Andamos justitos de territorio. Si nos comparamos con Madrid, allí pueden hacer la M3, la M4, la M5, la M6, la M7, la M8... Y no

pasa nada, ¿eh? Aquí no. Tenemos poco dinero y, en general, tenemos pocos recursos naturales, empezando por el agua. Tenemos poca agua.

Aún así, las cosas se han hecho con gran esfuerzo. Mossèn Cinto Verdaguer, que pertenece a aquella época en la cual hubo una buena conjunción de inquietudes industriales y culturales —es decir, la época en la que todavía no era conde, en la que Güell se lo llevaba de paseo por Europa (un gran industrial y un gran poeta)... Hay un texto en prosa muy bonito que, contemplando los ríos europeos, dice: “Nosotros hemos construido una industria muy importante”, desde la fábrica de cemento que hizo Güell en La Pobla de Lillet, hasta la fábrica de Santa Coloma de Cervelló, “con unos ríos que no son como estos”, decía Mossèn Cinto. “Son como chorritos de porrón”. Y no tenemos carbón. Tenemos que traerlo de Inglaterra.

Por tanto, algo hay en este país que con los chorritos de porrón, pues, se ha tirado esto para adelante. Pero cuidado con la cultura del no, que podría ser una degeneración de cierta mentalidad democrática pervertida. Quiero decir, el decir sistemáticamente que no... No al agua del Ebro, no al agua del Segre, no al agua que venga —ahora eso se ha superado—, pero, durante muchos años, no al agua de las desaladoras, pues hace falta mucha electricidad; no a la producción de mucha electricidad con centrales de ciclos combinados, no —aunque se haya pedido— a la electricidad que se produce con molinos eólicos, porque matan las águilas colabarradas; no a que haya líneas de transporte eléctrico (ya sea de las Gavarres, ya sea porque viene de Francia)... No a todo. En nombre de la democracia —mal entendida, evidentemente. Si tenemos un aeropuerto que nos llega tarde, y nos llega, tal vez y según cómo, un poco más pequeño de lo que convendría, es, en parte, culpa nuestra. No es solamente por culpa de Madrid, sino porque la cultura del no actuó allí con una intensidad y con una eficacia extraordinarias, en el Aeropuerto del Prat.

Nada más. ¡Muchas gracias!

nº1. GARRIGUES, Antonio; PUJOL, Jordi y GONZÁLEZ, Felipe, (2005); *Europa: la necesidad de nuevos liderazgos*, Barcelona: ESADE.

nº2. INNERARITY, Daniel (2006), *El poder cooperativo: otra forma de gobernar*, Barcelona: ESADE.

nº3. Varios autores (2006) *Los retos del liderazgo hoy*, Barcelona: ESADE.

nº4. PIO, Edwina (2006), *Management Gurus: An Indian Soundtrack on Leadership and Spirituality*, Barcelona: ESADE.

nº5. LOWNEY, Christopher (2006), *What 21st Century leaders can learn from 16th century jesuits*, Barcelona: ESADE.

nº6. JENSEN, Michael C. (2007), *A New Model of Leadership*, Barcelona: ESADE.

nº7. MAS-COLELL, Andreu (2007), *Lideratge i recerca a Catalunya: necessitats i possibilitats estratègiques*, Barcelona: ESADE.

nº8. PUJOL, Jordi (2007), *Pensar el lideratge. Què significa ser líder?*, Barcelona: ESADE.

nº9. BRUFAU, Antoni (2007), *Pensar el lideratge. Lideratge i Globalització*, Barcelona: ESADE.

nº10. EABIS, *Cualidades del liderazgo y competencias de gestión para la responsabilidad de la empresa* (2006), Barcelona: ESADE.

nº11. OLIU, Josep (2007), *Moments de Lideratge. La sortida a borsa del Banc de Sabadell*, Barcelona: ESADE.

nº12. OLLÉ, Ramon (2007), *Moments de Lideratge. Liderar el canvi en un entorn multinacional i multicultural: el cas EPSON*, Barcelona: ESADE.

nº13. TERRIBAS, Mònica (2008), *Els lideratges intangibles de l'era mediàtica*, Barcelona: ESADE.

nº14. CASTIÑEIRA, Àngel; LOZANO, Josep M. (2008), *Pensar el Lideratge. El valor de los liderazgos*, Barcelona: ESADE.

nº15. VARIOS AUTORES (2007), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. Una reflexión desde Cataluña y España*, Barcelona: ESADE.

nº16. SAUQUET, Alfons (2008), *Pensar el liderazgo. Organizar y liderar; el qué, el cómo y el cuándo*, Barcelona: ESADE.

nº17. AGUILAR, Luis F. (2008), *Gobernanza: normalización conceptual y nuevas cuestiones*, Barcelona: ESADE.

nº18. IMAZ, Josu J. (2009), *Pensar el Liderazgo. Liderazgo político y liderazgo empresarial*, Barcelona: ESADE.

nº19. MARTÍN MARURI, Ignacio (2009), *Liderazgo adaptativo y autoridad* Barcelona: ESADE.

nº20. GOMÁ, Javier (2009), *Ejemplo y carisma*, Barcelona: ESADE.

nº21. VARIOS AUTORES (2009), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. ¿Políticos sin ideas, intelectuales sin poder?*, Barcelona: ESADE

nº22. TODÓ, Adolf (2009), *Pensar el lideratge. El lideratge en temps de canvis*, Barcelona: ESADE.

nº23. JULIANA, Enric; PUJOL, Jordi; VALLESPÍN, Fernando (2010), *La deriva de España y Cataluña*, Barcelona: ESADE

ESADE

Para realizar consultas o
solicitar información sobre
la Cátedra LiderazgoS y
Gobernanza Democrática,
puede dirigirse a:

Pau Mas i Codina

Av. de Pedralbes, 60-62
08034 Barcelona
Tel.: + 34 932 806 162
Fax: + 34 932 048 105
a/e: catlideratges@esade.edu

abertis

Agrollmen⁷

gasNatural

Werfen Group

IZASA

QUADIS

Executive Education